

DIMENSION 354-X

JOE
MOGAR



SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

DIMENSIÓN 354-X

Título Original: *Dimensión 354-X*

©1971, Mogar, Joe

©1971, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: La Conquista Del Espacio 62

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO I

No le gustaba aquello.

Tampoco la forma en que trabajaba el profesor Preston.

El que él trabajara como su ayudante y tuviera ciertas relaciones íntimas con Ruth, mucho menos.

No le agradaba hacer de conejillo de Indias y muchísimo menos servir de experimento ni aguantar sus innumerables y múltiples bromas.

Y nada el que le hubiera llamado a aquellas horas de la madrugada.

—Ven —le dijo—, que he encontrado la dimensión 354-X.

¡Como si aquello le importara!

La gloria ante el centro era del profesor y no suya.

El se limitaba a ver, oír, y a maldecir *in mente* en la mayoría de las ocasiones.

Ruth era otra cosa.

Era... sencillamente una mujer.

Un espécimen terrícola como él mismo, viviendo en la madre Tierra en una época que todavía recordaba la gran catástrofe.

Jimmy Preston era un producto de la nueva época.

Uno de los más grandes científicos que se conocían. Un hombre que pertenecía en cuerpo y alma al pasado y al futuro.

«Ven que he descubierto...»

Se le erizaba el pelo sólo de pensar en aquel proyecto del cual no tenía ni la más ligera idea.

Se le erizaba, también, al recordar cuando transplantando a un cuerpo que no era el suyo, tuvo que buscar su propio cadáver por todos los cementerios de la Gran Ciudad, Sede Central del Gobierno Terrícola.

Se le erizaba...

John Stillman dejó de pensar.

El coche-robot que le conducía acababa de detenerse frente al gran edificio cuya iluminada cúpula se elevaba hacia las estrellas, a inconmensurable altura, y las portezuelas se estaban abriendo para dejarle pasar.

Stillman descendió, a su espalda el coche cerró las portezuelas y empezó a andar, doblando el edificio en busca de la gran explanada donde se detendría en espera de que alguien más subiera a él.

Stillman miró a su alrededor.

La escalinata.

Era un terrícola, un hombre de tipo atlético, alto, rubio y de inteligentes ojos grises y abierta sonrisa, aunque en aquel momento sus labios se plegaron en una dura línea lo que hacía juego con sus pensamientos sobre aquel proyecto.

«Ven, pues Ruth también te está esperando.»

Ruth y siempre Ruth.

Amaba a la muchacha, y no había más verdad que aquélla. De no ser por este sentimiento, ya haría tiempo que habría abandonado aquel Centro de Investigación Interestelar.

Empezó a subir, peldaño a peldaño, como un pigmeo comparado con la grandiosa magnitud del edificio y de todo cuanto le rodeaba.

La puerta de entrada se abrió ante él, movida por los ojos mágicos y se cerró a su espalda, tan silenciosa como cuando se abrió, y Stillman continuó andando, ahora cruzando el centro de la espaciosa sala circular, hacia una nueva puerta que le cerraba el paso y que se abrió por el mismo procedimiento que la anterior.

Ante sus ojos vio la gran rotonda donde se movía el profesor y Ruth, y la reproducción exacta de Saturno con sus anillos circulares y sus luces cambiantes que eran otros sendos cerebros electrónicos dirigidos a las estrellas.

Computadoras, cerebros que estudiaban los cielos a varios millones de años luz de distancia.

Stillman sabía que cualquiera de aquellas luces del planeta Saturno era muy capaz de descubrir los secretos más recónditos de las galaxias que estaban a su alcance y mientras avanzaba hacia la gran rotonda central, se preguntaba si la dimensión 354-X tendría algo que ver con alguno de aquellos ignotos e ignorados planetas.

No le habían oído.

Se detuvo a pocos pasos de distancia con los ojos fijos en la esbelta figura de Ruth.

Veinte años.

Morena, de ojos grandes y verdes, senos prietos, altivos, la estrecha cintura y las piernas largas, desnudas, sólo cubiertas por las altas botas, flexibles desde la rodilla hasta el principio de los muslos donde terminaban.

El profesor era otra cosa.

Bajo, rechoncho, sin una brizna de pelo en su gran cabeza, de ojos pardos, pequeños, quizá excesivamente pequeños.

Stillman empezó a moverse hacia ellos sin apartar los ojos de la muchacha notando que empezaba a experimentar el deseo de tenerla de nuevo entre sus brazos como tantas y tantas veces.

Una yarda, dos, y se volvieron al mismo tiempo, tal vez un tanto sorprendidos de su presencia allí, a pesar de que le esperaban, a pesar de que le mandaron el coche-robot para traerles hasta el Centro.

Luego, y casi a continuación, la ancha sonrisa del profesor y como de un modo repentino avanzaba a su encuentro, bamboleándose al andar, con ambas sarmentosas manos extendidas.

Stillman se las estrechó porque no tenía más remedio que hacerlo en tanto que Ruth quedaba a su espalda, observándole con los ojos brillantes.

¿No me felicitas, John? preguntó. Se echó a reír y añadió ¿O es que tienes miedo de esa... esa... Dimensión?

Se estaba burlando de él, como otras veces, como siempre.

Desvió los ojos hacia Ruth.

La muchacha le sonreía y había una promesa en su sonrisa.

Procuró no perder los nervios cuando respondió:

—¿Miedo? ¿De qué y por qué, profesor?

Una vez más el profesor se echó a reír.

—Tú siempre tienes miedo, John —dijo—, y eso me hace reír. ¿Te acuerdas de tu cuerpo, muerto, casi podrido en...?

—¡Padre!

Ambos se volvieron a mirarla.

Estaba seria.

—¿Es que no puedes dejar de burlarte de John? —preguntó—. Un día abandonará el Consejo y...

—A ti te dolería, ¿verdad?

—Sí, así es.

Estaba tensa.

Stillman decidió cortar la incipiente conversación, y lo hizo con una pregunta:

—¿Qué significa la Dimensión 354-X, profesor?

—¿Sientes curiosidad? Ahora la sientes, ¿verdad? Sabía que ocurriría. Ven, voy a mostrarte algo.

Le prendió de una mano y ambos se acercaron a la rotonda.

Frente a ellos, el planeta Saturno lanzaba destellos azules.

—Eso es la Dimensión...

Le miró, como le había mirado infinidad de veces. Exactamente como si estuviera loco.

—No lo estoy —dijo el profesor—. No, John, aunque tú creas lo contrario. Esa es la Dimensión 354- X, aunque esta idea no pueda entrar en tu pobre cabeza de estudiante... estudiante... ¿Cómo decían los antiguos? ¡Ah, sí! Mediocre. ¡Eso es!

No contestó.

Se limitó a mirar a la silenciosa Ruth que a su vez les observaba atentamente, como esperando algo que debería producirse de un momento a otro, pero sin saber en qué consistía.

Stillman callaba, pero empezaba a acercarse, como un autómatas, hacia el cinturón que había sobre la parte lisa de la rotonda.

Lo tomó y se volvió a mirar al profesor. Los ojillos relucían.

—¿Quiere decir que esto es...?

—Exactamente —le cortó—. Es esa Dimensión, y la he descubierto yo. Esto me valdrá la gran Medalla de la Gloria. Lo comprendes, ¿verdad?

Stillman examinó el cinturón.

De cuero, como había visto en los grandes museos de cosas que hablaban de siglos atrás, con una pequeña cajita de metal que no pesaba absolutamente nada.

—No —dijo.

La carcajada del profesor le hirió hondo.

A su lado, Ruth se movió inquieta.

—Póntelo.

—¿Para qué?

—Porque si no lo haces no te lo puedo explicar con detalle.

Stillman le miró con sospecha.

—Hábleme de la Dimensión, profesor —pidió.

—Ponte el cinturón y lo haré. Vamos, John. ¿Ves como tienes

miedo? ¡Y luego no quieres que me ría de ti! —se volvió a mirar a su hija y añadió—: Lo que aún no me explico qué es lo que has visto en mi ayudante para... para...

—¡Quieres callarte de una vez, padre!

Antes de que terminara de hablar, Stillman se estaba colocando el cinturón.

Abrochó la hebilla.

—Y ahora, profesor —empezó.

Sus ojos chispeaban.

—Es un experimento, John —dijo interrumpiéndole.

De modo instintivo, las manos de Stillman fueron a la hebilla.

El profesor le interrumpió con un gesto.

—Sigues teniendo miedo de tu profesor, John, y eso no está bien. Quiero decir que la Dimensión 354-X está en experimentación.

Stillman no apartaba las manos de la hebilla.

—¿Y eso que significa? —inquirió.

—Esa cajita que ahora queda al lado de tu mano derecha es el todo. Es el cerebro que mueve la Dimensión. ¿Me vas comprendiendo?

—No.

—Tu cerebro es obtuso, John, Lo fue siempre. Hay que explicarte las cosas como a un niño.

Ruth no decía nada, les miraba.

Su padre le había hablado de su descubrimiento pero sin explicarle en que consistía.

Ella, lo mismo que John, tenía que esperar.

No fue mucho, ya que casi al instante el profesor empezó a hablar:

—Si tú hicieras uso de ese cinturón... Bueno, el caso es que en el viaje no deberías quitarte nunca el cinturón, ¿comprendes?

Stillman dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de responder:

—Sólo un poco, profesor.

Estaba preparado para una nueva carcajada, pero ésta no se produjo.

Los ojillos que tenía frente a los suyos habían perdido todo su brillo y ahora el semblante cruzado de arrugas se le mostraba inexpresivo.

Stillman debió ponerse en guardia ante aquel cambio pero no lo hizo.

No, porque aquella expresión del profesor difería en todo de las que tuvo en pasadas bromas, si es que se le podían llamar así.

Dejó de pensar para prestarle nueva atención ya que en aquel momento continuaba hablando, dando respuesta a su frase final.

—Si te lo quitaras un sólo segundo, morirías, ¿lo entiendes ahora? Morirías, o te quedarías de una vez para siempre en el viaje.

—¿El viaje? Esa es otra de las cosas que no entiendo.

—Ven, y te mostraré el camino.

Stillman tuvo un gesto instintivo de retroceso.

—¿Estás temblando, John? Y... ¡Diablos, que no voy a hacerte mal alguno! No es una de mis bromas, y tampoco vas a moverte de aquí. Sólo quiero que mires esa pantalla que hay ahí.

Ambos se acercaron un poco más a la rotonda mientras que a sus espaldas, muy cerca, Ruth trataba de mirar por encima de los hombros de los dos.

Ahora sin pronunciar palabra, el profesor hundió el dedo en uno de los botones del inmenso tablero y se produjo un zumbido.

Un segundo, dos tres..., y la pantalla se iluminó.

Mundos, estrellas, planetas y cometas girando alrededor de un sol, en el infinito negror del cielo.

Los ojos de Stillman se dilataron.

—¿Qué... qué es eso, profesor? —preguntó—. No he visto un cielo como ése. Nunca, ni creo que...

—Estás en lo cierto, John. No existe. No en nuestras galaxias, ¿entiendes?

Le miró.

El profesor no se daba cuenta de su escrutinio.

Sus ojos estaban fijos en la pantalla, ensimismado en la contemplación de los extraños mundos que tenía ante sus ojos, sumido en sus propios pensamientos.

—¿Dónde entonces? —preguntó.

Supo que la pregunta era tonta, pero el profesor no se echó a reír ni mucho menos.

—En esa Dimensión, John —dijo.

—¿Sí...?

Le miró.

—Así es —sonreía—. Esto que estás viendo no ha sido visto aún ni por Ruth, ¿sabes? —su sonrisa se amplió—. Espera que apague la pantalla y te lo explicaré.

Alargó la mano y apretó uno de los botones.

La pantalla permaneció brillante, pero Stillman empezó a empequeñecerse rápidamente mientras que hasta sus oídos llegaba el grito de Ruth, y a su mente las palabras del profesor.

—Escucha con atención, John —decía—. No te mentí respecto al cinturón. Si te lo quitas, no regresarás nunca. No podría hacerte volver. Contesta, ¿quieres?

—¡Sáqueme de aquí! Vamos, ¿qué maldita broma es ésta?

No hubo respuesta.

Sus manos fueron al cinturón pero no se lo quitó.

Continuaba empequeñeciéndose, más y más, cayendo hacia el centro del inmenso hoyo abierto a sus pies que no era ni más ni menos que uno de los innumerables poros de la baldosa que antes había pisado.

—Profesor... profesor... —llamó.

El horrible hoyo, la inconmensurable sima se encontraba a escasas pulgadas; Stillman trató de ladearse pero no pudo y el embudo que formaba se lo tragó.

Empezó a caer, lentamente primero, con una lentitud desesperante, y más de prisa después.

—Profesor... profesor...

A sus oídos llegó la carcajada del padre de la mujer que amaba y luego nada.

Le faltaba el aire y abrió la boca como un pez fuera del agua, intentando llenar sus pulmones de oxígeno, y perdió el sentido en el intento.

Stillman no lo supo nunca, pero casi en el acto su cuerpo empezó a flotar como si fuera una pluma acercándose más y más hacia uno de los planetas de aquella extraña galaxia.

Las naves espaciales le rodeaban apuntando sus cañones de rayos cósmicos a su cuerpo.

Abrió los ojos.

La sensación de caída, de vértigo, casi había desaparecido, pero las naves estaban allí, cada vez más cerca.

Vio el fogonazo taladrando las tinieblas siderales que le rodeaban y el rayo se estrelló contra su cuerpo donde estalló sin producirle mayor daño.

Stillman empezó a bracear derribándolas a manotazos, destrozándolas, loco de furor, ciego por la última broma del profesor, hasta que las restantes, entre zumbidos y llamaradas de sus motores de propulsión, se fueron alejando más y más hacia un punto distante que

parecía una estrella en medio de una noche sin luna.

La Luna, el desaparecido satélite de la madre Tierra.

Miró hacia abajo.

Flotaba, le parecía no moverse pero lo cierto es que se estaba acercando a uno de los planetas de aquel extraño mundo, sin posibilidades de detenerse en su caída.

—Profesor..., profesor... ¿Me escucha, profesor?

No hubo respuesta y continuó cayendo.

CAPÍTULO II

Abrió los ojos.

Un prado.

Las flores, la hierba verde, las amapolas, los árboles más allá, delante suyo.

¿Mundos afines o gemelos?

No tenía respuesta para aquello.

Tampoco para la que se formuló a continuación.

¿Dónde estaba?

No lo sabía.

¿Cuánto tiempo hacía que llegó?

Escapaba a su comprensión, así como el total de horas que había permanecido allí, al parecer dormido, ni qué fue lo que en realidad le despertó.

—John, John. ¿Estás bien? ¿Dónde diablos te encuentras?

Stillman maldijo un par de veces.

La voz del profesor, tal vez un tanto excitada o preocupada.

Contestó recordando el cinturón que llevaba puesto:

—No lo sé.

—¿Qué ves delante tuyo?

Volvió a maldecir.

—Un prado, árboles, y no sé que más. Y ahora, basta de bromas, profesor. Quiero volver, ¿comprende? Es otra broma de las tuyas y voy a ponerlo en conocimiento de Los Seis.

—No creo que lo puedas hacer desde ahí, John —la voz se debilitaba—. No creo que...

Débil, cada vez más débil, se apagaba transformándose rápidamente en un murmullo que terminó con un gorgoteo.

Sintió angustia.

—Profesor, profesor. ¿Qué es lo que ocurre ahora? Profesor.

Nada.

Silencio.

Más pesado, más angustioso y siniestro que el que reinaba a su alrededor.

Se puso en pie.

«No te quites el cinturón o...»

No se lo quitó, pero empezó a andar sabiendo ya que en cualquier parte donde se encontrara el profesor le buscaría, si es que podía.

El pensamiento era angustioso y lo desechó.

Siguió andando hacia los árboles.

Una yarda, dos, muchas más yardas.

Casi los alcanzaba cuando la vio.

E instintivamente recordó a Ruth cuando distinguió sus botas blancas.

Más cerca se dio cuenta de que no eran del mismo material que empleaban en la Tierra.

Tampoco las ropas que llevaba puestas.

Brillantes, como fabricadas con aluminio o con mercurio.

La cortísima faldita y las piernas desnudas hasta el lugar donde le llegaba el filo de la ropa.

Los senos redondos, estrecha la cintura y los ojos grandes, rasgados y negros, nota más destacada de un rostro exageradamente perfecto.

Le sonreía.

Stillman la devolvió justo cuando se detuvo frente a ella.

—¿Cómo te llamas?

—John.

Vio el asombro y la curiosidad en sus ojos.

—¿John? ¿Qué quiere decir eso?

Stillman se encogió de hombros.

—Nada—repuso—. Sólo John. ¿Y tú?

—Sig-Primera.

No lo entendía, pero no dijo nada.

—Paseemos, John.

Stillman procuró que su rostro no delatara lo que estaba pensando ante aquella proposición.

—Vamos —fue lo que dijo.

La muchacha se volvió en redondo y empezó a andar.

Durante unos segundos Stillman estuvo admirando sus felinos movimientos mientras se alejaba de él y acto seguido la emparejó.

—¿Dónde me llevas? —preguntó.

Los ojos negros le asaetearon.

—Bajo los árboles. Me gusta hablar contigo. Eres extraño.

Stillman dudó un poco antes de formular la siguiente pregunta, cosa que hizo cuando los primeros árboles quedaron atrás.

—¿Qué es lo que tengo de extraño?

—Estoy tratando de averiguarlo.

No contestó.

Siguieron andando, muy juntos pero sin rozarse, ahora en silencio.

Un bosquecillo, plantas trepadoras, lianas entrelazadas y el rumor de la corriente.

Sig-Primera se detuvo y le miró.

—Siéntate aquí, a mi lado —dijo.

Y se dejó caer sobre la hierba, junto al agua.

Stillman obedeció en silencio.

—Eres un Durmiente, ¿verdad?

Stillman achicó los ojos.

—¿Qué es eso? —preguntó a su vez.

Como si no le hubiera oído, Sig-Primera respondió.

—Algunos lo hacen.

—¿Para qué?

—Huyen.

—¿De qué?

Le sonreía cuandoladeó hacia él la bella cabeza para mirarle.

—Del jefe.

Stillman pensó rápidamente.

—No soy un Durmiente —dijo.

—Hay quien lo niega y lo es. Huyen del jefe, de los acreedores, de los enemigos y también de la guerra.

—¿Qué guerra?

En los ojos de la muchacha había tanta curiosidad como sorpresa cuando contestó:

—Tuvimos una hace veinticinco años y la Sombra destruyó al

invasor.

—¿La Sombra?

Fue una nueva pregunta que también quedó sin respuesta, ya que Sig-Primera formuló una nueva pregunta.

—¿No la recuerdas?

—¿El qué?

—La guerra.

—No.

Sig-Primera se puso en pie y Stillman la miró.

—Entonces tú eres un Durmiente —acusó lentamente.

—No, no lo soy —repuso Stillman aun sin saber de qué se trataba.

—Sí lo eres, pero a mí no me importa, ¿comprendes? Ahora me voy.

—¿Nos volveremos a ver?

—Creo que no ¿Por qué?

Sig-Primera no contestó a su pregunta; se limitó a extender el brazo y a señalar un punto inconcreto en la distancia y a través de los árboles que les rodeaban. Sólo entonces dijo:

—Tú te marchas por allí, ¿comprendes? Yo voy en sentido contrario.

—¿Por qué no te acompaño?

—Prefiero ir sola. Y no me sigas. No me gustaría.

No lo hizo.

Esperó, vuelto de cara a ella, cuando le dio la espalda, y siguió allí, inmóvil, viéndola marchar, hasta que la perdió de vista bajo los árboles.

No la siguió.

Stillman empezó a llamar.

—Profesor..., profesor. Vamos, conteste de una vez.

Nada, silencio, el mismo silencio que ahora le rodeaba, de no ser por el rumor que producía la corriente del arroyo.

Empezó a andar hacia el lugar que Sig-Primera le indicara, como impulsado por una secreta fuerza.

Empezaba a caer la tarde y sentía apetito cuando alcanzó la carretera.

Ancha, perfectamente asfaltada, y se detuvo junto a la cuneta mirando en ambas direcciones.

¿Hacia dónde dirigirse?

Stillman se encogió de hombros.

Lo mismo daba un sitio que otro.

Empezó a andar, con movimientos de autómata, llevando en el

pensamiento la deliciosa imagen de Ruth.

Vio el bólido poco más tarde.

Sin ruedas.

Deslizándose sobre la carretera, a algunas pulgadas del suelo. Flotando en el aire y a una velocidad tal que apenas si tuvo tiempo de verle aparecer y pasar por su lado para desaparecer en el acto tragado por la distancia.

Otro y otro más, muchos más, en filas interminables, silenciosos, como sombras, y sin esfuerzo alguno adivinó que si era un mundo gemelo a la Tierra, allí vivían cuatro o cinco mil años en el futuro.

Continuó andando, ahora en dirección al lugar donde se dirigían aquellos bólidos, adivinando también que regresaban a alguna ciudad cuya distancia del lugar donde se encontraba no podía ni sospechar.

Tampoco trató de adivinarlo.

Cada vez más pesadamente, paso tras paso, siguió su camino, maldiciendo *in mente* al profesor, y soñando con Ruth, con los brazos de Ruth, exactamente como pudiera hacerlo cualquier mortal allá en la Tierra.

—¿Va a la ciudad?

Voz de mujer.

Stillman se volvió a mirarla un tanto sobresaltado.

Era rubia de ojos pardos.

Pelo largo, cayéndole en cascada sobre los hombros y... el nacimiento de los firmes senos...

—Sí —dijo.

—Suba, le llevaré.

La portezuela se abrió delante de él.

Stillman entró en el bólido y se sentó a su lado.

Iba vestida de campesina.

Ropas que contrastaban enormemente con todo lo que había visto desde que cayera allí, ya que le recordaban las pinturas que había en el Museo del Centro de Investigación Interestelar de la Tierra.

¡La Tierra!

Maldijo a la muchacha que se encontraba a su lado y al profesor.

* * *

El grito cesó tan bruscamente como había empezado.

Luego, en un arranque incontenible, se abalanzó contra su padre, recta como una flecha hacia la computadora.

—¡Padre! ¡Padre, regrésalo! —gritó de nuevo.

Alargó las manos crispadas hacia los botones del tablero y con su risa cascada de viejo, el profesor se la quitó de encima de un manotazo.

Ruth dio un par de traspiés, se detuvo bruscamente y con los ojos desorbitados se acercó una vez más.

Su voz era extraña, ronca, desconocida para el profesor cuando afirmó:

—Voy a destruir esa máquina, padre. Lo entiendes, ¿verdad?

La miró; fijo, muy fijo.

—¿Vas a rebelarte?

—¿Contra mi padre?

—Sí.

—Regresa a John o lo haré.

—E irás a parar frente a Los Seis.

—Lo sé. Pero no soy una de esas marcianas que se pueden comprar con poca moneda para luego hacerlas trabajar como esclavas en cualquiera de los asteroides que giran en torno a Júpiter. Por última vez, padre...

—¡Calla!

Lo hizo.

No por la orden en sí sino por que hasta ella llegaba el tenue murmullo de la voz de Stillman.

—Profesor...

Luego lo demás y odió a su padre cuando le oyó reír y cortar la comunicación.

—¿Qué has hecho, padre?

—Profesor —dijo él.

—De acuerdo, profesor. ¿Qué has hecho?

—Traspassarle a la Dimensión 354-X, Ruth.

—Eso ya lo sé. Pero...

—Lo regresaré dentro de unos segundos, muchacha. ¿O es que tú también tienes miedo a tu padre?

—Todos te lo tienen —replicó ella—. Incluso el consejo de Los Seis. Regrésale, padre.

—Ahora, dentro de unos momentos. Todavía no ha terminado la experiencia.

Y consultó una de las computadoras luego de haberle dictado un sinfín de cifras incomprensibles incluso para la propia Ruth.

—Espera ahora, Ruth, y le verás volver. Pero antes estableceré un nuevo contacto con él para decirle qué es lo que tiene que hacer.

—Si no regresa, profesor —contestó Ruth—, destruiré todo eso. Los Seis no me asustan. Soy una terrícola y las leyes...

—Esas no se usan, Ruth. Murieron en el siglo XX durante la gran catástrofe, y ese siglo quedó atrás, muy atrás, borrado totalmente de la faz de este viejo planeta, en la inconmensurable distancia del tiempo.

Ruth no respondió.

Por segunda vez empezó a acercarse a la gran rotonda con los ojos fijos en el tablero que iluminaba la pantalla.

Se detuvo a un par de yardas de distancia y su voz sonó fría hasta lo inverosímil cuando dijo:

—Por última vez te pido que me lo regreses, profesor.

Los de éste brillaron.

CAPÍTULO III

—Déjate caer ahí, estás cansado —le miró fijamente y añadió con voz acariciante, dulzona—: John. No entiendo lo que quiere decir.

Recordó a Sig-Primera cuando respondió.

—Nada. Es sólo eso, John.

La rubia le acarició la frente tan pronto como se dejó caer en el diván.

Cómodo, blando, como si sus cojines estuvieran rellenos de plumas de cualquiera sabía qué clase de exótico pájaro.

—Ahora duerme, descansa, John.

Suave, muy suave, como un soplo.

—¿Qué intentas? —preguntó Stillman—. ¿Escudriñar mi mente?

Le sonrió.

—No. Sólo quiero saber cosas de ti, pero antes tienes que dormir.

—¿Qué cosas?

La vio vacilar.

—¿Quién eres? ¿Un Durmiente?

—¿Qué es un Durmiente?

—Pero, ¿lo eres?

Stillman respondió pregunta por pregunta:

—¿Qué ocurriría si te dijera que sí?

—Nada, o mucho. Eso según cómo se mire. ¿Lo eres?

Stillman ya no lo pensó y repuso.

—Sí.

La sonrisa de ella se ensanchó.

—Has hecho mal en despertar, John, muy mal. Tu suerte es que has caído aquí.

—¿Por qué?

—El jefe. El poder. Todos odian al poder en Khal.

Stillman no contestó.

Acariciaba el cinturón como en espera de ser arrancado de allí, de aquella pesadilla que estaba viviendo, en una Dimensión distinta a la suya, y hablando de cosas que jamás llegaría a entender.

Por tanto, sólo se le ocurrió repetir.

—¿Por qué?

Laura-Tres respondió con otra pregunta, dando de lado a la suya.

—¿Hace mucho que te dormiste?

—Un par de siglos.

Stillman dijo aquello como pudo decir otra cosa, o sencillamente callar, pero ante su sorpresa la muchacha no parpadeó, sino que sin cambiar de expresión adujo:

—Demasiado pronto, ¿comprendes? El poder sigue en pie y seguirá un poco tiempo... más. O tal vez no. Sí, por ahora, despertaste demasiado pronto.

—No lo entiendo.

Ella le miró atentamente.

—¿De dónde vienes?

Stillman dudó.

Si decía la verdad nadie le creería, como él jamás hubiera creído que aquella Dimensión existiese.

—No lo sé —replicó—. Hace mucho que me dormí, y ahora todo está cambiado.

—Entonces no viste la Sombra, ¿verdad?

—No, no la vi.

—Vino y destruyó las naves que nos estaban atacando. Y fue una lástima. Por lo menos, es lo que me contaron.

—Lo que quiere decir que tú tampoco la viste.

—No había nacido, John —replicó Laura-Tres.

—¿Por qué fue una lástima?

—Hubiera sido el fin del Poder. Y ahora...

—Sigue.

—¿Eres poderoso? Como Durmiente tienes que serlo.

—¿Por qué?

—Unos duermen porque huyen de algo y tú pudiste hacer lo mismo. ¿Qué le hiciste al Poder?

—Nada.

—En ese caso fue otra la causa.

—¿Sí?

—Seguro. Se guarda un poco de dinero y uno duerme durante siglos y luego... Esto suma cantidades tales como para poder comprar Khal. Pero el jefe no lo permite, el durmiente es perseguido y muerto en la mayoría de los casos.

—¿Quién es el Poder, Laura-Tres?

Ella le miró con sorpresa y Stillman supo que acababa de cometer el primer error, a pesar de que no comprendía cuál era el fallo.

Lo supo poco más tarde.

—¿Y eres tu el que me lo pregunta?

—Me estaba burlando.

—Pues no lo hagas otra vez, John. No me gusta. En cuanto al Poder, quiero saber si cuento contigo.

—¿Para qué?

—Hace veinticinco años que estamos tratando de destruirle.

—¿Con razón?

Laura-Tres calculó mentalmente hasta que se dijo que él no podía saberlo debido a su largo sueño y, nada que ver en todo aquello, respondió:

—El Poder descubrió la inmortalidad, John, ¿entiendes? Ellos, el Gobierno del jefe no muere nunca, mientras que el pueblo, incluso yo misma, desapareceremos en su día. ¿Te parece poca razón? De esto hace más de ciento cincuenta años. Ese es el Poder en Khal.

Stillman no respondió.

No, desde luego, el mundo en que se encontraba no era afín a la Tierra.

En lo único que había acertado es que vivía unos cuantos miles de años en el futuro según la era de aquella.

Pensó en el profesor, en Ruth, y se pregunto que dirían ellos si supieran que había seres que no morirían nunca.

¿Le creerían?

Estuvo a punto de encogerse de hombros frente a Laura-Tres pero en el último segundo no lo hizo.

Entonces pregunto

—¿Porque al pueblo no?

—No nos lo merecemos según ellos. Somos demasiado poca cosa

para gozar de... De ese beneficio... —Hizo una pausa que Stillman no interrumpió.

E inquirió al cabo de varios segundos de silencio

—¿Estás con nosotros?

—¿Para tratar de hundir al poder?

—¿Sí?

Preguntándose mentalmente que diablos tenía el que ver en todo aquello, respondió:

—Tengo que pensarlo, Laura-Tres.

Ella se apartó de su lado y le miró fijamente.

—¿John?

—¿Sí?

—No tardarás mucho, ¿verdad?

—Te lo diré tan pronto como haya descansado un poco.

—Ven conmigo —fue la respuesta que obtuvo de Laura-Tres.

Se puso en pie abandonando el diván y ella le prendió de una mano.

Atravesaron casi toda la casa antes de entrar en el dormitorio.

—Puedes descansar ahí —dijo ella.

—¿Y tú? Puedo quedarme contigo.

—Puedo quedarme contigo.

Stillman recordó a Ruth, al profesor, a todo lo que había dejado en la Tierra y sus manos, como obrando por cuenta propia, acariciaron nerviosamente la cajita de metal del cinturón que llevaba puesto.

Denegó con la cabeza aun sin saber si regresaría o no.

—Lo siento —dijo.

Laura-Tres le sonrió.

—¿Otra mujer?

—Sí.

—¿Quién?

—No la conoces.

No respondió, y a continuación quedó solo. Se durmió poco más tarde.

Y soñó con la muchacha que viera bajo los árboles de un bosquecillo, muy cerca de un arroyo de cristalinas aguas.

—John...contesta, John, y no seas imbécil. Vamos John, basta de bromas.

Terminó así, sin pensar para nada que había sido el mismo el que empezó todo aquello y que no se trataba de una broma ni mucho

menos.

* * *

En sus manos, el aparato receptor-transmisor permanecía mudo.

Con las manos sobre los senos, pálida, Ruth le contemplaba en silencio.

Un silencio que duró muy poco ya que casi en el acto preguntó:

—¿Qué ocurre ahora, padre?

El profesor le lanzó una fugaz mirada y le dio la espalda para ir hacia el tablero de los innumerables botones donde estuvo manipulando unos instantes.

De nuevo empezó a llamar llevando entre las manos una cajita gemela a la que Stillman tenía en su cinturón.

Contesta, John —dijo.

Trata de hacerlo o no voy a poder sacarte de ahí. John responde, por favor...

No había alteraciones en su voz, ni angustia, pero la realidad era que estaba excitado.

No preocupado, pero sí excitado.

—Contesta, John.

Ruth, ahora a su lado, cortó su llamada con una pregunta que sonó angustiada en la gran sala de controles intersiderales.

—¿Que es lo que ocurre, padre?

Hubo un pequeño silencio que duró lo que el profesor tardó en volverse para mirarla.

—He perdido el contacto, Ruth —dijo sencillamente.

Sin una sola vacilación, Ruth dio media vuelta y corrió a través de la sala hacia uno de los paneles.

Empezaba a descorrerse a un lado para dejarla pasar cuando el profesor la sujetó de un brazo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—En busca de Los Seis, profesor —respondió.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Quiero comparecer delante de ellos y explicarle esa Dimensión. Eso es todo.

—¿Y John?

—¿Qué quieres decir?

—Que si haces eso, le perderás para siempre.

—Lo he perdido ya.

—Sí, desde luego, si sigues siendo tan estúpida como él, Ruth. Vamos, ven conmigo.

—¿Dónde?

—Ahí, al tablero de las computadoras. A tu sitio. Le quieres, ¿no? Pues en vez de perder la calma, ven, ayúdame. Pero ten cuidado, ¿sabes? Cualquier intento tuyo para destruir esa pantalla y la computadora, será enviar a John al propio infierno. A vagar por los siglos dentro de ese sistema solar.

—La pantalla... Enciéndela, padre. Quiero verlo.

—Sería inútil. Sólo los planetas girando y girando alrededor de su sol. Exactamente como ocurre aquí y nada más. Por otra parte, no se ilumina. Todo... todo gira sobre un mismo punto, ¿comprendes? No se iluminará hasta que... que establezca un nuevo contacto con el ¿vienes?

Tras una ligera duda, con los ojos ahora impasibles, ocultando cuales eran sus verdaderas emociones, Ruth se acercó al cuarto de computadoras, y lo hizo sin pronunciar una sola palabra.

A su lado, el profesor la miraba a hurtadillas y con curiosidad.

CAPÍTULO IV

La vio entrar aquella mañana, como la había visto otras veces y durante días, y saltó del lecho al suelo pura enfrentarla.

Laura-Tres le sonreía, y sin perderla se acercó, tomó asiento y exclamó:

—Siéntate, John, y hablaremos.

Así había sido por espacio de semanas.

No sabía cuántas pero era una realidad, y como siempre se preguntó por qué estaba allí y qué le importaba todo aquello.

El nada tenía que ver con aquel desconocido Poder del cual Laura-Tres le hablaba y hablaba, contándole sus proyectos, los cuales, y sin saber a ciencia cierta el motivo, conceptuaba descabellados.

Le había hablado de Klef y de Sevigny.

Eran los jefes del Movimiento Libertador.

No les conocía ni estaba deseoso de ello.

No le interesaba.

Por tanto, no preguntó.

Con una paciencia digna de todo encomio, Stillman esperó, mirándola fijamente, sin apartar los ojos de los suyos hermosos y grandes, hasta que Laura-Tres rompió el silencio que le embargaba cuando ya si estaba haciendo pesado.

—Ya está todo preparado, John.

Stillman se limitó a pronunciar una sola palabra:

—¿Y...?

Laura-Tres vaciló por espacio de unos segundos, luego contestó:

—Vamos a atacar dentro de tres horas, John. Al mediodía. Todas las calles que conoces van a parar frente a la Casa Central donde reside el Poder. Ellos no lo esperan. Por tanto lo haremos por diferentes puntos

y...

—¿Por qué a mediodía? —preguntó, más que nada por seguir una conversación, que como se ha dicho no le interesaba para nada.

—Es cuando ellos salen de la Casa Central. Terminaremos en contados minutos y... Bueno, John —añadió tras una ligera vacilación —; hemos pensado que seas tú quien dirija el ataque.

Stillman perdió el aliento.

Era el ayudante adelantado de un científico intersidereal pero no un guerrero.

Aquello...

Era repetirse demasiado, pero por otra parte no podía negarse a hacerlo.

Frunció el ceño.

Le estaba agradecido a Laura-Tres.

Prácticamente la muchacha le estaba manteniendo desde que fuera proyectado allí, sin posibilidades de regreso.

Los controles estaban en poder del profesor y habían perdido el contacto desde hacía semanas.

Stillman sabía que era el fin, que tenía que resignarse y que jamás volvería a la Dimensión donde gravitaba el planeta Tierra.

Cerró los ojos a la realidad y contestó:

—De acuerdo, iré con vosotros para dirigir ese ataque.

Ella le sonrió.

Cierto que iba a hacerlo, por agradecimiento, como ya pensara, pero no menos cierto que hubiera preferido estar en antecedentes mucho antes con objeto de estudiar las posibilidades y la acción sobre el terreno.

Ahora no sabía ni lo que hacer ni cómo comportarse en un caso como aquél.

—Ven conmigo.

La miró a los ojos.

Laura-Tres se encontraba frente a él, en pie, extendiendo una mano hacia la suya.

Se levantó y dejó que la enlazara.

Así, muy juntos, en silencio, abandonaron el dormitorio y fueron al salón.

La muchacha recorrió uno de los paneles de la pared, introdujo la mano en el hueco y cuando aquélla reapareció iba armada de una

pequeña pistola.

De una fabricación desconocida para él y para la era de la Tierra.

Laura-Tres se le acercó tan sonriente como siempre y empezó a explicarle su funcionamiento:

—Son rayos cósmicos, John —dijo—, y no se carga nunca puesto que su energía es intermitente. Basta con apretar este botón para que puedas pulverizar todo lo que tengas delante de ti, ¿entiendes?

—Sí —replicó—. Es fácil.

—Guárdala.

Stillman lo hizo y Laura-Tres se le acercó.

—Quiero que tengas suerte, John —dijo rozándole—. Si así es, tú serás el jefe del Poder—. El nuevo jefe... y yo estaré a tu lado.

Levantó la cabeza y entrecerró los ojos, y Stillman vio frente a los suyos la roja y entreabierta herida de su boca y fue entonces cuando por primera vez la besó luego de enlazarla por la cintura.

—Vámonos, John.

Salieron cogidos de la mano.

En la puerta se encontraba el mismo bólido que le trajera hasta la casa de la muchacha.

—Sube.

Lo hizo y Laura-Tres se acomodó a su lado.

Empezaron a correr por el asfalto.

Veinte minutos más tarde la muchacha lo detuvo.

Junto a una esquina.

No pronunció palabra, esperaba.

Fue muy poco.

—Klef y Sevigny —dijo ella cuando les vio a su lado— vendrán con nosotros hasta muy cerca de la Gran Casa.

Stillman no respondió.

* * *

Les examinaba.

Klef era alto y rubio, de ojos ágata, un tanto desgarrado e iba vestido de uniforme, si es que aquello se podía llamar así.

Cubierto de mallas desde los hombros hasta los pies, entretejidas entre sí, y adivinó que no era ni más ni menos qué una coraza contra las armas del Poder.

Mallas de algo parecido al acero pero de una flexibilidad asombrosa, ya que no impedía ni restaba facultades a su capacidad de movimientos.

Sevigny iba vestido del mismo modo.

Moreno, ancho de hombros, ojos grises y de estatura algo superior a la normal.

Le tendió la mano cuando Laura-Tres añadió:

—Este es John. ¿Nos vamos?

Por segunda vez emprendieron la marcha.

A su lado todo parecía en calma.

La inmensa ciudad semejaba dormir a aquella hora del mediodía, de no ser por los extraños bólidos que circulaban de un lado para otro a velocidades alucinantes.

La Gran Casa estaba allí, muy cerca, frente a sus ojos.

Desde el asiento que ocupaba al lado de Laura-Tres, Stillman podía ver sus torres y cúpulas de policromos colores, cristalinos los unos y opacos los otros, perderse entre la masa algodonosa de alguna que otra nube de las que empañaban el azul purísimo del cielo.

El bolido se detenía.

—El resto del camino lo haremos a pie, John.

No respondió.

Descendió seguido de Laura-Tres, de Sevigny y Klef.

—¿Nos separamos? —preguntó cuando puso los pies en el suelo.

—Sí —repuso ella—. Klef y Sevigny van por otro sitio. Atacarán por los flancos exactamente dentro de quince minutos.

—¿Y nosotros?

—Aguardaremos aquí hasta esa hora. Y lo haremos de frente, John.

—¿Solos?

—No. Espera un poco y les verás.

Le tomó del brazo y le hizo pegarse materialmente a una de las paredes; cuando la miró, el color de los ojos de la muchacha había cambiado y en su mano derecha llevaba una pistola, réplica exacta de la que le había dado a él.

Stillman sacó la suya y siguió esperando.

El silencio alrededor era absoluto.

Los bólidos, por lo menos en aquella parte, habían dejado de circular.

—Ahí les tienes, John.

Las súbitas palabras de Laura-Tres rompieron el hilo de sus

pensamientos y Stillman miró a su alrededor.

Eran algunos más de un par de docenas e iban vestidos del mismo modo que Klef o Sevigny y llevaban las armas en las manos.

A su lado, mentalmente, Laura-Tres calculaba el tiempo qué iba transcurriendo.

Frente a ellos la inmensa explanada de terreno llano, descubierto, y luego la Gran Casa Sede del Poder.

La amplia escalinata, inmensa, tan inmensa como lo era el propio edificio en sí.

El silencio se estaba haciendo pesado.

A Stillman le dolían los ojos de tanto mirar la puerta que daba acceso a la entrada, hasta que de un modo repentino la vio abrirse.

—Va a salir, John. No tardarás en verle.

Era un susurro, muy tenue, pero a pesar de serlo, las palabras llegaron claras a sus oídos.

Entrecerró los ojos.

La puerta había terminado de abrirse, y de un modo repentino le vio.

En el centro de la guardia que le acompañaba.

Apenas una docena de hombres, pero Stillman sólo se fijó en él.

Alto, rubio, descubierto, fuerte como un dios mitológico, vistiendo el traje brillante, el mismo traje que le viera a la muchacha del bosque, sólo que éste masculino, y cubierta parte de su figura con una especie de túnica echada sobre los hombros y que le llegaba hasta los pies.

Su aspecto firme, felino, casi majestuoso, imponía.

Hasta que de un modo repentino, y cuando ya iban por la mitad de la escalinata, en su descenso hacia la calle, Stillman comprendió que era él, y sólo él, el que tenía que dar la orden del ataque.

No vaciló.

Después de todo nada importaba ya.

Saltó de la acera al asfalto y levantó la mano derecha.

—¡Ahora! —aulló.

De las bocacalles que daban a la explanada empezaron a brotar aquella especie de soldados enmallados y mientras lo hacían apretó el botón de la pistola que llevaba.

El azulado rayo se proyectó con un zumbido contra el pecho del Poder pero no llegó.

Antes se estrelló contra algo invisible y allí se perdió en un violento

estallido.

Adivinando que el Poder, tan pronto como les vio rodeando la Gran Casa, se había protegido con una especie de campana completamente transparente y capaz de resistir cualquier clase de ataque, Stillman miró a su alrededor.

La guardia del Poder se había desparramado sobre la escalinata y empezaba a abrir fuego contra los atacantes entre los cuales se encontraba él mismo y le miró.

Frío e impasible, hermético, había cruzado los brazos sobre el pecho y se mantenía completamente inmóvil contemplando la batalla en tanto que la calle se llenaba de chasquidos, de olor a carne quemada y de nauseabundo humo.

Disparó contra él un rayo intermitente y le vio estallar en brillantes chispas mucho antes de tocarle, y cómo de pronto levantaba una mano, señalándole.

Miró.

A su lado no quedaba nada si exceptuaba a Laura-Tres que empezaba a retroceder hacia la próxima esquina.

—Vamos, John, o nos atraparán.

Era cierto.

La guardia avanzaba hacia ellos, con las armas en la mano, apuntándoles, pero sin disparar.

Stillman lo hizo pero el rayo se estrelló una vez más contra el escudo que les protegía y maldiciendo entre dientes su impotencia, dio la espalda al peligro y corrió.

Laura-Tres lo hizo a su vez, tan pronto como le vio a su lado, y desde la escalinata, el Poder dio una orden.

La guardia se detuvo y regresó sobre sus pasos.

En la calle, cerca del bólide, casi sin aliento, Stillman murmuró:

—No nos siguen... y no me lo explico.

Las portezuelas se estaban abriendo.

—Sube, John, pronto, o nos atraparán.

—No nos sigue nadie —repitió.

—No, ahora no, pero lo harán.

—En ese caso...

—No tengo miedo, John. Es decir, sólo a los lumínicos.

—¿Qué es eso?

—Son los enviados del Poder. Entran en tu cerebro y ya no puedes

hacer nada. Vamos, sube.

Lo hizo así y el bólide se puso en marcha buscando rápidamente la salida de la ciudad.

—¿Adónde me llevas?

—Lejos de aquí. Fuera del alcance del Poder, pero volveremos. De eso puedes estar seguro.

Stillman no respondió.

Pensaba.

En Ruth.

¡La había olvidado completamente!

Nerviosamente acarició una vez más la cajita adosada a su cinturón y cerró los ojos.

Un zumbido procedente de las alturas le hizo cambiar el curso de sus pensamientos y los abrió elevándolos para mirar.

CAPÍTULO V

—Son ellos, John. Han venido. ¡Son ellos!

Les vio.

Dos.

Uno para cada uno.

Cegaban; colgados sobre sus cabezas, lanzando destellos luminosos que a veces dañaban la vista.

Extraños, indefinibles, y no más grandes que el dedo pulgar de un hombre corriente.

El zumbido se extendía.

—No mires, John —Laura-Tres hablaba precipitadamente—. Deja de pensar en ellos o entrarán en tu cerebro. Es la única forma de librarse.

Desvió los ojos, trató de no pensar pero no pudo,

—No, no puedo, muchacha. No pue...

De un modo repentino, Stillman pareció sufrir una descarga eléctrica, su rostro se contrajo, lanzó un ahogado gemido y se llevó las manos a la cabeza.

—No te resistas, ¿comprendes? Nadie se resiste al Poder. Vamos, ordena que vuelva. El Poder os está esperando.

El dolor desaparecía.

Pero estaba allí dentro, en su interior, esperando su respuesta.

No la dio, trató de pronunciar otra palabra, de resistirse, y todos los infiernos se desencadenaron en el interior de su mente.

Luego ya no supo más, ni siquiera que caía hecho un ovillo a los pies de Laura-Tres, ya sin conocimiento.

Cuando abrió los ojos, el interior de su cerebro estaba en calma.

A su lado, Laura-Tres le observaba atentamente.

Miró a su alrededor.

Una habitación amplia, por no llamarla grandiosa, dotada de toda clase de comodidades, y no tuvo que esforzarse mucho para comprender que se encontraba en el interior de la Gran Casa Central.

Regresó los ojos a ella.

—¿También te capturaron?

—Sí. Y tú has tenido la culpa.

—¿Yo?

En su voz había sorpresa.

—Sí. Traté de no mirarte, de no querer darme cuenta de lo que estaba pasando a mi alrededor y contigo, y no pude, por lo que el otro penetra en mí cerebro. Pero no luché. No hice lo que tú. Obedecí, y vinimos hasta aquí. Yo misma traje el bólide.

Miró hacia su izquierda y prosiguió

—Ahí les tienes, John, nos están vigilando. No se mueven, pero si tratas de hacer algo de nuevo entrarán en ti.

Stillman siguió la dirección de su mirada y les vio.

Como colgados en el vacío, muy cerca del alto techo, lanzando destellos luminosos, que se apagaban, que se encendían, pero con poca intensidad, como si no desearan dañarle por el momento, lo que era completamente cierto.

Tampoco su característico zumbido llegaba a sus oídos.

Una vez más desvió los ojos hacia los de Laura-Tres.

La muchacha le sonreía.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—Es sencillo de adivinar —repuso con perfecta calma—. El Poder nos eliminará y yo fui la culpable de tu muerte. Sólo que... que... Bueno, John, es un pobre consuelo, pero no voy a tener tiempo de dolerme por ello.

Stillman no contestó.

* * *

Esperaba, y su espera fue muy corta, tanto que sólo duró segundos, aunque a él en particular se le antojaron otros tantos siglos.

—Escúchame porque no voy a repetir. Lo entiendes, ¿verdad?

Miró a su alrededor.

Nada había cambiado desde que lo hiciera por primera vez.

Los lumínicos no se movían; y alguien le estaba hablando desde un

lugar tal vez distante y a través de un medio que no comprendía aún.

—Laura-Tres se quedará ahí hasta que termine mi conversación contigo. Empieza a andar hacia la puerta.

Stillman desvió los ojos hacia la muchacha.

—Haz lo que te dice, John —susurró—. Morir por morir, es mejor hacerlo de un modo... de un modo...

Calló, y Stillman dio media vuelta y avanzó un par de pasos.

Al hacerlo oyó el zumbido sobre su cabeza.

Elevó los ojos.

Se encontraba allí, lanzando destellos hirientes, como un arma mortal que sólo esperara una oportunidad por pequeña que fuese para lanzarse sobre él y eliminarle.

Manoteó tratando de ahuyentarlo y vio cómo se alejaba zumbando para luego lanzarse sobre él brillando como un sol.

—No te resistas, ¿entiendes? No lo hagas o daré la orden definitiva, Sal, y síguele. El mismo te conducirá a mi presencia.

Como en sueños oyó la voz de Laura-Tres.

—Obedece, John. Es lo único que podemos hacer.

La voz metálica y fría del Poder fue la que dio la respuesta:

—Ese consejo debiste aplicártelo a ti misma y antes de esto, Laura-Tres.

La muchacha no contestó, mientras que llevando delante al lumínico, Stillman cruzó el umbral dejándola sola.

Sola en apariencia, ya que colgando sobre su cabeza, ahora más cerca que antes, el otro la vigilaba estrechamente.

* * *

La sala donde Stillman fue trasladado era la correspondiente a un rey en los tiempos antiquísimos de la Tierra, o su equivalente.

Frente a él, en el otro extremo, con la túnica sobre los hombros, vio al Poder, sentado en el rojo sillón, con incrustaciones de oro y plata, y las manos sobre los brazos del mencionado sillón.

No se encontraba solo y al desviar los ojos hacia ella, comprendió el porqué en una ocasión le dijo que se llamaba Sig-Primera.

Un poco por delante de él, suspendido como siempre sobre su cabeza, el lumínico no se movía.

—Acércate.

La voz del Poder rebotó de pared en pared hasta que se extinguió por sí sola, o por lo menos ese fue el efecto que en Stillman causó la sencilla palabra.

Empezó a andar y finalmente se detuvo a los pies de la escalinata que daba acceso al trono, o también a su equivalente terrestre.

Esperó.

Muy poco, mientras luchaba consigo mismo y contra el deseo que experimentaba de mirar a la muchacha del bosque.

—¿Quién eres? ¿Un Durmiente?

—No.

—¿Entonces?

—No lo entenderías.

—¿Tan torpe me crees?

—No es eso, pero no lo entenderías. Por otra parte, no debo o mejor dicho, no creo que deba contestar a esa pregunta.

—¿Por qué?

—El hombre que va a morir tiene ciertos privilegios.

Hubo una pausa mientras que el rostro del Poder se mostraba tanto o más impasible que el suyo propio.

Y el mismo Poder fue el que lo rompió.

—¿Tú eres un hombre? —preguntó.

Con la sana idea de no sorprenderse por nada, Stillman respondió:

—Lo mismo que tú.

—¿Yo?

—¿Y no es así?

—No. Nosotros somos humanoides.

—En ese caso, yo soy el equivalente.

—No entiendo eso.

Siguió otra pausa que se hizo larga.

—Lo sé. Ya te lo advertí.

El Poder la rompió, con una pregunta más, que era una exacta reproducción de la primera que formulara:

—¿De dónde vienes?

El rostro de Stillman se nubló.

—Lejos, de muy lejos —dijo pensativamente—, de un lugar donde desde hace miles de años no existen los déspotas como tú.

No le contestó.

Stillman vio el movimiento fugaz de la mano de Sig-Primera y luego

cómo se inclinaba para hablarle en el oído.

Asimismo le vio dudar y luego, de un modo repentino, asintió con la cabeza.

Sig-Primera se puso en pie y empezó a descender la escalinata en dirección a él.

Sus magníficas piernas tenían tanto o más brillo que el material que empleaba para vestirse.

Sobre su cabeza, el lumínico empezó a zumbar.

—Ven conmigo, John —dijo.

Stillman arqueó una ceja.

—¿Adónde? —preguntó.

Sig-Primera extendió el brazo para señalar una de las puertas que daban a la sala o al salón donde se encontraban.

—Allí —dijo.

Empezó a andar.

Tras una ligera duda la siguió hasta el otro lado del umbral.

Se enfrentaron allí, y por espacio de unos segundos ninguno de los dos pronunció palabra, hasta que Sig-Primera lo rompió.

—Siéntate.

—Prefiero estar en pie.

Durante unos segundos ella no respondió.

Luego lo hizo.

—Estoy tratando de mostrarme amable contigo —dijo secamente—, y no me gustaría tener que obligarte de otro modo.

—¿Lo mismo que antes para traerme a tu presencia?

—Sí, así es.

—Estamos solos.

—Bastaría un gesto mío para que no fuera así.

—¿Crees que eso me causa miedo?

—¿Y no es así?

—No.

—Yo no estoy tan segura.

Stillman empezó a acercarse lentamente y ella abrió mucho los ojos cuando se detuvo rozándola.

—¿Qué... qué es lo que vas a hacer? —preguntó.

—Vengo de un lugar donde mi raza se lo juega todo a una carta, aunque tú no lo entiendas, Sig-Primera —contestó—. Algunas veces, sólo por un pequeño placer como éste, merece la pena sufrir mil y una

torturas.

Sus manos fueron a su cintura y se inclinó sobre su rostro.

Cuando la besó los labios femeninos estaban fríos, pero adquirieron súbito calor y los abrió bajo los suyos aceptando y devolviendo la caricia, apretándose contra él de un modo que le aturdió.

Al separarse, Sig-Primera extendió el brazo.

—Basta de bromas, John —dijo; y su voz era ronca—. Siéntate.

El rostro y los negros ojos se mostraban impasibles cuando los clavó en los suyos.

—¿Por qué nos atacaste? —preguntó.

Respondió pregunta por pregunta:

—¿Eres tú el Poder?

—Él lo es, John, pero yo lo comparto.

—¿Tú marido?

—Se llama Miguel y es mi hermano. ¿Por qué?

—Porque no me gusta la esclavitud.

—¿En verdad crees que los habitantes de este planeta son esclavos?

—¿Y no es así? Ellos no tienen la inmortalidad.

—No pueden tenerla, John. Eso es algo que... que debes discutir con Miguel.

—Eso quiere decir que no vais a eliminarme.

—Eso no quiere decir nada, absolutamente nada —hizo una pausa y pidió—. Háblame de ti, John.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Antes quiero hacerte una pregunta.

—¿Y es...?

—¿Qué va a ocurrir con ella?

—¿Te refieres a Laura-Tres?

—Sí, así es.

—No nos gusta matar, John, ¿sabes? Quizá... quizá no le ocurra nada. Desde luego, la decisión final no es mía. Y tú, ¿regresarás con ella si...?

Stillman la interrumpió.

—Le estoy agradecido. No olvides que me ayudó desde el primer momento.

—Lo sé, pero es egoísta. Si te ayudó fue porque esperaba sacar partido de ti —y añadió en vista de que Stillman no contestaba—: ¿La

amas?

—No.

—Bien, háblame de ti.

—¿Por qué tengo que hacerlo?

—Es una orden del Poder, John, no te resistas.

Sabía que no podía hacerlo, y por otra parte, lo que pedía no comprometía a nada, por lo que empezó a hablar.

Al terminar, Sig-Primera sólo respondió:

—Creo que debes hablar con Miguel, John.

Salieron los dos, el uno detrás del otro, y lo primero que Stillman advirtió cuando se vio frente a Miguel, fue que el lumínico había desaparecido.

Pensó en Laura-Tres, pero no pronunció una sola palabra al respecto.

Sentado en el mismo trono de siempre, mientras Sig-Primera iba a ocupar el otro, a su izquierda, Miguel le estuvo observando atentamente por espacio de varios segundos, hasta que repentinamente se puso en pie.

—Ven conmigo —dijo—. Y tú también, Sig-Primera. Quiero que me enseñes una cosa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Stillman.

—Hablaste de un planeta que no conozco y quiero que me lo muestres.

Con lo que Stillman comprendió que por un medio u otro el Poder había oído su conversación con la muchacha.

CAPÍTULO VI

—Un planeta llamado Tierra, ¿verdad?

—Así es.

A su lado, silenciosa, hermética, Sig-Primera les observaba en silencio.

—Muéstramelo.

Stillman clavó los ojos en la inmensa pantalla que tenía delante.

Mundos girando en torno a un sol, las estrellas y en fin, toda una Galaxia gravitando en un firmamento completamente negro.

Estrellas y mundos desconocidos para él.

Era la réplica exacta de lo que semanas o meses atrás viera en la Sede Central del Gobierno Terrícola.

—No está ahí —dijo.

—No entiendo eso. ¿Quieres decir que se encuentra fuera de esta Galaxia, de las estrellas que hay más allá?

Miguel le estaba mirando fijamente cuando formuló la pregunta.

—No es eso —repuso Stillman—, es que no existe ahí. No en esas Galaxias, no gravita en torno a ninguno de los soles de esos sistemas planetarios.

Miguel se volvió a mirarle de frente.

—Explícame eso. ¿Cómo puede ser? Hace doscientos años que estoy en el Poder y nunca oí decir...

No le escuchaba.

Estaba pensando.

Era curiosamente extraño todo aquello; el adelanto de aquel mundo en el que se encontraba en virtud de una de las bromas del profesor sobrepasaba en algunos miles de años al de la Tierra, aunque en otros aspectos se encontrara muy por debajo de su nivel.

—No existe porque no es de esta Dimensión, Miguel.

—¿Dimensión? ¿Eso qué significa?

—La Tierra Madre, mi planeta, gravita en una Dimensión distinta. Podríamos llamarla la tercera, ¿comprendes? El tuyo lo hace en la 354-X.

El pétreo rostro que tenía delante no se alteró cuando preguntó:

—Los tuyos, John, ¿cuándo descubrieron eso?

Stillman frunció el ceño.

—No lo sé.

—Tú dijiste que en tu tiempo eras un hombre inteligente.

Stillman sonrió.

—Lo soy —afirmó gravemente—. Excepto uno, el mejor. Fue el profesor quien descubrió tu Dimensión, Miguel, y me transportó hasta aquí.

—Eso quiere decir que un día regresarás, ¿no?

—No, ya no.

—¿Por qué?

—Era un experimento que fracasó cuando fui transportado. Ya no hay posibilidad de regresar a mi tiempo o a mi Dimensión.

Miguel se mantuvo pensativo durante varios segundos y finalmente desvió los ojos hacia la pantalla:

—Según tú —dijo—, ¿por dónde debiste ser transportado?

Stillman, antes de responder, estudió atentamente la pantalla y luego señaló un punto en la parte superior.

—Quizá fue por ahí —replicó inseguro—, pero lo cierto es que no lo sé con exactitud.

Sig-Primera se acercó a la pantalla, la examinó atentamente y luego puso un dedo sobre uno de los puntos brillantes que representaban uno de los planetas de su sistema solar.

—Aquí está K-Ti —dijo.

Stillman les miró alternativamente.

—Sí —respondió el Poder—, es lo que estaba pensando.

Fue Stillman el que preguntó.

—¿Qué es K-Ti?

—Uno de nuestros planetas más alejados, John —repuso Sig-Primera.

Miguel apagó la pantalla y señaló los sillones.

—Sentémonos.

Lo hicieron así, ambos frente a él, y una vez más, Stillman se dijo que no comprendía nada de todo aquello.

Ahora fue el propio Poder el que rompió el silencio

—Si es cierto lo que dices —empezó—, tú eres la Sombra.

Stillman arqueó una de las cejas.

—¿Qué Sombra? —preguntó.

—Escucha, John. Hubo una época, hace algo más de treinta años, que todo se oscureció alrededor de este planeta. Algo, una Sombra que venía del cielo, de más allá de nuestra Galaxia, se interpuso entre nuestro sol y el planeta cubriéndolo de hielo, fríos y calamidades. Las gentes tuvieron que emigrar aquí desde los distintos puntos del planeta. Luego, la Sombra, cada vez más cerca, se desvió un poco y el sol volvió a nosotros. Esto empezó a ocurrir cinco o seis años antes de que desapareciese por completo por lo que comprendimos que había caído aquí. Por esto, y por lo que anteriormente ocurrió.

—Explícate, ¿quieres?

—Era, algo así como un muñeco gigante que ocupara toda nuestra Galaxia, que cubriera todos nuestros planetas, que descendía hacia nosotros, muy lentamente, braceando y destruyendo las naves que desde K-Ti nos estaban atacando. Dime, John, tú puedes ser esa Sombra, ¿verdad? Eso ocurrió cuando te proyectaron, según tus propias palabras, en dirección a esta Dimensión, ¿verdad?

Stillman sabía ahora que aquello era cierto.

Todavía tenía en la mente el ataque de las naves espaciales a su persona, por lo que clavó los ojos en Sig-Primera y contestó sin mirar a Miguel.

—Creo que sí, que estás en lo cierto —hizo una pausa y preguntó—: ¿Por qué te odian los de K-Ti? ¿Por qué desean la destrucción del Poder y la de este planeta?

Miguel se puso en pie.

—Estoy cansado —dijo—, Sig-primera te contestara a eso y te dirá cual es mi decisión respecto a ti.

—¿Y Laura-tres?

—Ya no se encuentra en la Gran Casa, terrícola —repuso—. Se marchó. La pequeña y revolucionaria rubia es libre. Después de todo, el Poder te está agradecido por tu intervención en el pasado en contra de esas naves.

—¿Por qué no los destruyes?

Miguel hizo una mueca.

—Sig-Primera contestará a todo eso, John.

Dio media vuelta y se alejó hacia una de las puertas dejándoles solos.

A continuación se hizo el silencio entre los dos.

* * *

Laura-Tres detuvo el bólido frente a la puerta trasera de su casa y pasó al interior por aquel lugar.

Apenas si lo hubo hecho, Klef y Sevigny le salieron al paso procedentes de una de las habitaciones interiores.

Laura-Tres les miró con asombro.

—Creí... creí...

Klef se echó a reír, interrumpiéndola.

—Creíste que el Poder había terminado con nosotros, ¿no?

—Sí, así es.

Se sentaron a una seña de ella, y fue Sevigny el que tomó la palabra.

—El poder es poca cosa para eso, Laura-Tres —dijo—. Cierto que es un fracaso, que fracasamos, pero es temporal.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó ella.

—Huimos. El Poder se fijó en ti y en John, y eso nos dio ventaja.

—Sí, es lo que creo.

—¿Y John?

—Está en la Gran Casa.

—¿Crees que...?

La sonrisa de Laura-Tres le cortó.

—Nada de eso —afirmó con seguridad—. Le necesitan, Klef: El es un sabio. Uno de los mejores y sabe muchas cosas que el Poder ignora, ¿comprendes?

El rostro de Klef estaba serio cuando respondió.

—¿Alguna idea?

Laura-Tres tardó en contestar.

Hasta que finalmente lo hizo.

—Sólo una.

—¿Y es...? —preguntó Sevigny.

—Esperar.

—¿Mucho?

—Tres meses. Es entonces cuando se celebra el gran Consejo de los

Veintiuno. El Poder y Sig-Primera estarán con ellos en la Sala Verde. Una bomba atómica terminará con todos.

—¿Cómo lo harás?

—Dentro de una burbuja de agua, Sevigny.

—No podrás conseguirlo.

—¿No? Hablaré con Gord. El abre las llaves de Khal. Es el rey de los anfimorfos. No le costará mucho ayudarnos.

—¿Es de fiar?

—El dinero tapa todas las bocas.

Callaron.

Y como siempre, fue Klef el que rompió el silencio con una nueva pregunta:

—¿Cuándo lo harás?

Laura-Tres le miró pensativa.

—Dentro de sesenta días.

—¿Sí? Y antes, ¿por qué no?

—El Poder, Klef, y tú lo sabes, tiene oídos en todas partes. Es raro lo que se le escapa, y una segunda acusación de conspiración sería mi muerte y la de todos nosotros. Hay que esperar hasta que se enfríe todo esto —miró a Sevigny y preguntó—: ¿Cuál es tu opinión?

—Estoy contigo, Laura-Tres.

Siguió un nuevo silencio hasta que ella inquirió:

—¿Os vieron entrar?

—No.

Otra pausa, ésta más corta que las anteriores y que también cortó Laura-Tres.

—Os iréis de aquí esta noche, ¿comprendéis? Luego... Bueno, ya no nos veremos hasta dentro de cincuenta y cinco días justos. Entonces os diré el resultado de mis gestiones y ultimaremos los detalles.

Poco más hablaron ya en el transcurso de todo aquel día.

Tal y como predijera Laura-Tres, Sevigny y Klef abandonaron la casa con las primeras sombras de la noche y la muchacha quedó sola.

Pensaba.

No lo sabía, pero añoraba la presencia de John Stillman.

Durante semanas había sido su compañero y ahora, sin él, todo estaba vacío a su alrededor.

—¿Por qué?

Ella le entendió perfectamente ya que respondió:

—A Miguel no le gusta hablar de esto, John. Fue un error suyo, y los errores, lo mismo que en tu planeta, aquí también se pagan. Fue hace cosa de ciento setenta y cinco años. El era para Miguel su... su... ¿Cómo dirías tú?

—Su brazo derecho —repuso Stillman.

—Sí, eso es. Era el segundo dentro del Poder y se rebeló. Miguel le perdonó la vida cuando la rebelión fue sofocada pero no le quiso en Khal. Entonces le lanzó al espacio, hacia K-Ti, ¿comprendes? Y ahora nos ataca cada vez que puede. Hasta el momento todo ha ido bien pero un día... —se interrumpió para añadir pensativamente al cabo de unos cuantos segundos de silencio—. Un día que ya no está muy lejano, John. Los ataques, el intento de invadirnos desde K-Ti, son cada vez más frecuentes. Del segundo al tercer intento sólo pasaron cincuenta años. Luego viniste tú y todo acabó bien para nosotros. No, no tardará en suceder.

—¿Quiénes son, aparte del segundo?

—Mutantes, que construyó en ese planeta, y lo hizo completamente solo. El también es inmortal. Tomó la droga del Poder y jamás morirá de muerte natural, ¿comprendes?

—¿Mutantes?

—Máquinas, con cerebros superdotados que no tienen un solo error. Ellas conducen las naves contra Khal en tanto que él se queda en K-Ti, esperando nuestra destrucción. Máquinas y no humanoides, ¿comprendes? Máquinas que se pueden construir, tal vez en cuestión de horas y cuya pérdida no significa nada.

—¿Por qué no termináis con ellos?

—Lo haremos un día u otro, John. Nosotros también estamos preparados para una invasión de K-Ti, pero hay cosas mucho más importantes por ahora. Odiamos matar, y por eso la pequeña Laura-Tres está libre. Lo mismo que tú, pero no debéis repetirlo. Si regresas a su lado, puedes decírselo.

Sin responder a aquello, Stillman comentó:

—Hay algo que no entiendo. Si eres tan perfecta, y contigo el Poder, ¿cómo sólo sois vosotros los que habéis usado de esa droga que concede la inmortalidad?

Sig-Primera sonrió.

—¿Sabes lo que ocurriría en Khal si todos fueran inmortales, John?

—Sí.

La sonrisa de ella se amplió.

—Sería el caos. El planeta se superpoblaría y vendría la desgracia, el hambre, el pillaje, las muertes violentas y luego las guerras. Sólo de ese modo podrían morir, y vendrían aquí, a la Gran Casa, para suplicarnos de rodillas que les permitiéramos hacerlo.

—Entonces...

—Sólo Miguel es inmortal, yo misma, los sabios que componen nuestro Consejo, y los hombres que tripulan naves interestelares en dirección a las estrellas. Algunos de ellos tardarán cientos de años en llegar y otros tantos en regresar aquí, para darnos cuenta de sus descubrimientos. Y ahora, John, ¿comprendes por qué?

Stillman dio la llamada por respuesta.

Pensaba que los argumentos de Sig-Primera, o por lo menos en la forma en que los planteaba, eran irrefutables.

Estuvo a punto de formularle una pregunta con respecto a Laura-Tres pero desistió al recordar la respuesta que ya le diera no hacía mucho.

—¿Vas a regresar?

La miró a los ojos.

—¿Con Laura-Tres?

—Sí.

—Si lo deseara, ¿tratarías de impedirlo?

—Eres libre, John, de ir a donde quieras o de que darte aquí, con Miguel y conmigo.

—¿Para qué?

—Te necesitamos, John. Pero no del modo que pueda necesitarte Laura-Tres y los suyos, sino de forma bien distinta. En tu Dimensión eres un hombre sabio. Según dijiste el más inteligente después del profesor, ¿no?

—Sí, así es.

—Eso es lo que queremos de ti. La ciencia que encierras y que nos hace falta. Es por Khal. Pero si te niegas, y antes de que contestes, quiero decirte algo.

—¿Y es...?

Sin dejar de mirarle a los ojos, Sig-Primera respondió:

—Tanto si te quedas como si no, no vamos a forzarte para que nos la entregues, ¿comprendes?

—Sí, lo sé.

Y desde que fuera transportado allí, aquélla fue la primera vez que Stillman experimentó la sensación de que ahora sí había convicción en sus propias palabras.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Las repentinas palabras de ella cambiaron el rumbo de sus pensamientos.

—¿Por qué no?

—Ese cinturón que llevas y esa caja, ¿qué significan?

Stillman encogió los hombros.

—En realidad no lo sé. Es el secreto del profesor. Dijo que no me lo quitara nunca o no regresaría. Pero de esto hace mucho tiempo.

—Pero tú lo conservas puesto. ¿Por qué?

La imagen de Ruth se fijó en su mente cuando contestó:

—Es... Pongamos que un recuerdo sentimental de la Madre Tierra.

—¿Una mujer?

—Sí, así es —repuso Stillman no deseando mentir.

La conversación parecía haber tocado a su fin ya que Sig-Primera se puso en pie abandonando el sillón en que se sentaba, movimiento que Stillman imitó en el acto.

Quedaron frente a frente.

CAPÍTULO VII

Y de los dos, fue ella la que primero rompió el silencio.

—¿Regresas?

Stillman dudó.

Luchando contra el deseo que tenía de permanecer allí y el agradecimiento que experimentaba por Laura-Tres.

Asimismo recordaba a Klef y a Sevigny, pero por otra parte estaban las explicaciones de Sig-Primera y todo lo que significaban para el bien del país, de la Ciencia como le había dicho.

Hasta que respondió, pregunta por pregunta:

—¿Qué debo hacer, Sig-Primera?

—Ante todo, y para ti, soy Sig, ¿entiendes? Sólo Sig y nada más.

—¿Y...?

—No puedo contestarte a lo demás, John. Eso debes decidirlo tú solo. No vamos a forzarte. El Poder no lo desea.

Stillman miró a su alrededor.

—¿Por qué no me enseñas la Gran Casa? Es decir, si mi condición de extranjero no lo impide.

Por toda respuesta, Sig-Primera le prendió del brazo y tiró de él hacia una de las enormes computadoras.

El resto de la tarde, hasta la noche, lo pasaron yendo de un lado para otro, hablando de lo único que les interesaba.

Y del planeta K-Ti y de los mutantes que lo habitaban.

Stillman cenó solo con el Poder, y cuando la vio abandonar el comedor, momentos antes de que la cena empezara, murmurando una excusa, comprendió que Miguel quería hablarle a solas.

Supo que no se equivocaba cuando llevaban consumida más de la mitad de la cena, que transcurrió en silencio hasta que le preguntó:

—¿Vas a quedarte con nosotros, John?

Le miró.

El rostro era el mismo, frío, impasible, completamente hermético, y se preguntó si el suyo se mostraría tan impenetrable o si el Poder sería capaz de adivinar sus pensamientos.

—Sig-Primera también me hizo esa pregunta —respondió.

—¿Y...?

Stillman vaciló.

—Estoy intentando decidirlo, Miguel.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, mientras luchas contigo mismo tratando de adivinar dónde está la mentira o la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy hablando de Laura-Tres, John. Son sus palabras y las mías. Ella te necesita para lanzarte una vez más contra mí, y yo por la Ciencia que posees, para el bien de Khal.

—Si lo sabías, ¿por qué la dejaste marchar?

—Estoy tratando de convencerla por las buenas, aunque tú lo dudes. Pero si hay otro intento, el Consejo de los Veintiuno la juzgará. Y ahora no habrá errores. No será desterrada de aquí, pero significará su muerte y la de todos los que la sigan —le miró a los ojos y añadió—. Sé que eres un buen... buen... ¿Cómo dijiste que...?

—Hombre —repuso Stillman interrumpiéndole.

—Sé que eres un buen hombre, John. Piénsalo. No quiero hacerte daño alguno, ni Sig-Primera tampoco. Y te lo advierto, es la primera vez que ella intercede por un prisionero acusado de rebeldía.

Stillman no contestó.

Continuó cenando del mismo modo, hasta que aquélla terminó.

Conjuntamente con Miguel abandonó el comedor y fueron al salón donde le sirvieron café, y ahora tuvo la satisfacción de encontrarse con la muchacha.

Durante una hora o más estuvo hablando con los dos hermanos hasta que pretextando cansancio, lo mismo que en su primera entrevista, Miguel les dejó solos.

Apenas hubo desaparecido, ella preguntó:

—Estuvisteis hablando, ¿verdad?

—Sí.

—¿De qué?

—Me preguntó si iba a quedarme con vosotros.

—¿Cuál fue tu respuesta, John?

—Que no lo sabía.

Sig-Primera dudó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Vas a quedarte esta noche?

—Si puede ser, sí.

La muchacha abandonó el sillón.

—Ven conmigo —dijo—, te prepararé una de las habitaciones de los huéspedes.

Sin responder, Stillman se colocó a su lado y ambos abandonaron el salón.

Solos, en uno de los pisos, frente a frente, luego de que ella hubiera hecho lo anunciado, se enfrentaron mirándose a los ojos.

—Buenas noches, John. Espero que mañana me des tu respuesta.

Avanzó hacia la puerta sin que Stillman dijera nada.

No lo hizo hasta que empezó a abrirle.

Sig.

Se volvió a mirarle.

Stillman estaba muy cerca, avanzando, paso a paso.

—¿Sí?

—Puedo dártela ahora, si quieres.

—¿Y es...?

Se detuvo.

—Me quedo.

Dio otro paso y Sig-Primera abrió mucho los ojos.

—No, no lo hagas, John —exclamó—. No lo hagas o llamaré, haré que te retuerzas en el suelo y... y...

—Tú no vas a hacer nada de eso, muchacha— repuso Stillman.

Tenía las manos en su cintura cuando terminó de hablar.

—¡No! He dicho que no, John. No, John... John...

Y aplastó los labios contra los de Stillman en un beso que les mantuvo abrazados por espacio de más de un par de minutos hasta que se separaron.

—Buenas noches, Sig.

—Hasta mañana, John.

Salió dejándole solo y Stillman se acostó, pero a pesar del beso de Sig-Primera y del recuerdo de Laura Tres, que también le obsesionaba, no se quitó el cinturón.

Durmió con él, lo mismo que había hecho noche tras noche desde que llegara allí, y soñó con Ruth y el profesor.

* * *

Por espacio de más de dos meses, siempre juntos, Stillman fue de un lado para otro, pendiente de las explicaciones de Sig-Primera, y luego empezaron a trasladarse a los planetas más cercanos a Khal donde la muchacha siguió mostrándole las instalaciones y los centros científicos.

Aquella mañana bien temprano, con la salida del sol, habían abandonado Cronos, en un viaje de un millón de millas hacia Khal, silenciosos los dos, observándose a hurtadillas, como si tuvieran miedo de hablarse, sumidos en sus propios pensamientos.

Stillman, con los ojos fijos en las estrellas que tenía delante, pensando a su vez y recordando el pasado y el presente.

En el futuro no deseaba pensar.

Sin embargo sabía, tenía la completa seguridad de que antes de llegar a los dominios del Poder, tenía que ocurrir algo.

Entre él y ella.

Pero por el momento se equivocó, ya que en un principio no fue así.

De un modo repentino, la pequeña pantalla que Sig-Primera tenía delante se iluminó de color rojo anaranjado y poco a poco empezó a volverse negra.

Fue entonces cuando aparecieron los dos puntos brillantes avanzando hacia ellos a una velocidad que podía compararse con la de la luz.

Sig-Primera los vio casi al instante pero no dijo nada.

Les observaba atentamente en tanto que su bello rostro se mostraba completamente impasible.

Cada vez más cerca, mucho más cerca, y no hizo nada para aumentar la velocidad de escape de la pequeña nave intersidereal que conducía.

Sólo se limitó a decir con voz tranquila.

—¿Te has fijado en esto, John?

Stillman apartó los ojos del impresionante espectáculo de las estrellas y la miró.

Sig-Primera señaló la pantalla.

—¿Qué es eso?

Por toda respuesta, Sig-Primera señaló un botón blanco que habla en

el tablero de mandos que Stillman tenía delante, gemelo al suyo.

—Aprieta ese botón, John, dijo.

Lo hizo.

La pantalla se encendió.

Un semicírculo graduado lleno de rayas y números, algo tan antiguo como la misma Madre Tierra allá en su Dimensión.

Más allá, mucho más allá de las graduaciones, los dos puntos brillantes continuaban aproximándose velozmente.

—¿Naves espaciales?

Sig-Primera sacudió la cabeza.

—Sí.

—¿De dónde?

—K-Ti —repuso ella escuetamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie a no ser él, se atrevería a violar el espacio sideral de Khal, John.

—¿Tenemos escape?

Como primera respuesta, Sig-Primera pulsó otro de los botones que tenía frente a sí misma y sin que al parecer hubiera ocurrido nada, le miró.

—No lo sé ni me importa, John —repuso.

Stillman levantó una de sus cejas de modo imperceptible.

—¿Qué quieres decir?

—No me importa morir. Casi lo deseo.

—¿Por qué?

Y había asombro en su voz cuando formuló la pregunta.

Siguieron unos segundos de tenso silencio que la muchacha rompió.

—Sencillamente porque te amo y ahora estamos juntos. Tú perteneces a otra que no es esta Dimensión y yo... yo... No, John, no me importa morir ahora que estoy contigo —le miró de frente y preguntó—. ¿Tienes miedo?

—No.

Sig-Primera miró la pantalla.

Las dos naves se estaban acercando al semicírculo graduado.

—John —siguió ahora sin mirarle—, quiero que nos casemos, ¿sabes? Darte un par de hijos y luego la inmortalidad. Yo tendré que volver a ser humana durante un par de años para conseguir esto. Miguel descansará del mandato durante unos siglos y tú y yo asumiremos el

Poder, si quieres que sea así.

Stillman vaciló varios segundos mientras que una vez más los recuerdos se atropellaban en su mente y su mano derecha, como obrando de forma independiente a los dictados de su cerebro, acariciaba la cajita metálica de su cinturón, y luego dijo:

—Creo, Sig, que tendremos esos hijos.

Los ojos negros eran obsesionantes cuando se clavaron en los suyos.

—¿Estás mintiendo, John? —preguntó.

—No.

Los desvió una vez más hacia el tablero de mandos.

—Pon uno de tus dedos sobre ese botón rojo —dijo—, y mira la pantalla.

—¿Y qué más?

—Cuando las naves entren en el semicírculo, tú me irás diciendo las cantidades en alta voz, ¿comprendes?

—Quieres decir que te las lea, ¿verdad?

—Sí, así es.

Silencio.

Largo y pesado.

A Stillman le dolían los ojos de tanto mirar la pantalla.

Súbitamente, el silencio se rompió.

—Sig-Primera. Sig-Primera. ¿Me escuchas?

—Qué diablos... —empezó Stillman.

—Es uno de los mutantes el que habla pero con la voz de él, John — y su mano se movió hacia uno de los cuadros de mandos y bajó una de las palancas, entonces respondió—: Soy Sig-Primera, habla.

—Estás en el centro de nuestras miras, ¿comprendes? Vas a desaparecer si no haces lo que quiere.

—¿Qué es...?

Desde la inmensidad del espacio le llegó el más absoluto silencio.

Era como si el mutante estuviera consultando a K-Ti qué clase de respuesta tenía que dar.

—Sencillamente que reduzcas la velocidad de tu nave. Vas a venir conmigo hasta K-Ti.

—¿Para qué?

Se oyó una chirriante y metálica risa.

—El Poder tiene que desaparecer y tú eres un medio como otro cualquiera, Sig-Primera.

—¿Qué pretendes?

La chirriante risa se repitió.

—Regresar a Khal.

—Eso no lo vas a conseguir nunca.

Y con un seco movimiento de su mano, Sig-Primera cerró el intercomunicador espacial.

Los ojos de Stillman seguían fijos en la pantalla cuando lo hizo.

—Ahora, John —añadió ella—. Empieza, pero no quites tu dedo de ese botón.

Frente a Stillman, las dos naves espaciales se separaban entrando en el semicírculo graduado, con objeto de tomarles entre dos fuegos.

Y añadió tras unos segundos de silencio:

—Escoge a una de ellas, ¿comprendes?

Stillman no respondió.

Dejó pasar otros tantos sin decir nada y por fin empezó.

—Cuarenta y cinco... cincuenta... sesenta... setenta y cinco... se ten...

—¡Ahora, John!

Stillman hundió el dedo en el rojo botón y frente a sus ojos, al pronto, no vio nada, ni el más leve rastro de luz.

Un segundo, dos, y allá en la distancia brotó la llamarada que casi le cegó, y a continuación llegó la oscuridad.

En la pantalla, una de las naves de K-Ti había desaparecido.

Por la izquierda, la segunda se les aproximaba con velocidad alucinante.

Un cono de luz, largo, muy largo, que enlazó las dos naves, tomando a la que ocupaban de costado. Hubo un estallido, una luz brillante como las del sol y notó cómo se bamboleaban en el espacio.

Casi al instante oyó la voz de Sig-Primera.

—Nos está bombardeando con rayos cósmicos, John, pero estamos protegidos por una cortina especial cuya energía brota de nuestra nave. No obstante tenemos que escapar o nosotros nos quedaremos sin ella, ¿comprendes? Si esto ocurre, nos encontraremos a su merced, o nos estrellaremos contra la superficie de Khal a una velocidad muy superior a la de la luz.

Un nuevo estallido, que también les tomó de costado, les hizo sujetarse al tablero en tanto que la nave daba un violento bandazo desviándose unos grados del camino que seguían.

Acto seguido, la de K-Ti pasó por su lado alejándose velozmente en el espacio.

—Ya se marcha.

Rectificando el rumbo, la muchacha le sonrió.

—Volverá —dijo fríamente.

Stillman dio la callada por respuesta y miró la pantalla con el dedo sobre el rojo botón.

Sobre el semicírculo, la nave de K - Ti continuaba alejándose.

A su lado, Sig-Primera fijaba una vez más el rumbo hacia Khal.

—Ya viene.

Sig-Primera no se movió.

Le miró, miró la pantalla y entonces sí lo hizo.

—Su velocidad es muy superior a la nuestra, John —explicó—. A pesar de que estamos armados, ésta no es una nave de guerra.

—Trataremos de cazarla como a la otra.

—¿Y...?

Venía de frente, cerca, cada vez más cerca, entrando ya en el semicírculo y al ver aquella manera suicida de atacarles, Stillman supo que no le mintió cuando afirmó que eran mutantes los que las conducían, dirigidos por un cerebro humano pero mucho más poderoso que cualquiera de las máquinas que le habían enseñado tanto en la Dimensión 354-X como en las que existían en su propio planeta.

Stillman empezó a contar y a una orden de la muchacha apretó el botón.

Ambas naves dispararon el mismo tiempo siendo alcanzadas de lleno.

Mientras la de K-Ti se desintegraba en el espacio, la que ocupaban dio una violenta sacudida y se vio lanzada hacia la derecha, dando vueltas y más vueltas sobre sí misma en tanto que en su interior Sig-Primera luchaba con los mandos tratando de estabilizarla.

Tres minutos más tarde, un tanto pálida pero entera, lo conseguía.

No habló, una palabra, pero Stillman vio que tanto sus ojos como sus manos iban recorriendo el cuadro de mandos, hasta que finalmente le miró.

—Otro impacto como ése, John, y jamás nos hubiéramos casado.

Stillman no respondió a aquello, pero sí formuló una pregunta:

—Si lo hiciera ahora, si tratara de hacerlo, Sig, ¿me dirías que no?

Ella se inclinó sobre él.

—No, John —dijo—, ya no.

Y le ofreció los entreabiertos labios mientras rodeaba su cuello con los brazos.

Besándola, Stillman no recordó ni un solo segundo al profesor, ni a Ruth ni pensó que él era un ser transplantado a un lugar que no era el suyo.

En el interior de su mente sólo había una idea, la de la muchacha que se le entregaba en una explosión de amor completamente incontenible.

Cuando regresaron a Khal, Sig-Primera no quiso decirle a Miguel nada de lo que les había ocurrido.

No en los primeros momentos.

Su deseo era muy otro y así lo especificó.

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo os fue en este último viaje?

Se encontraban sentados en los sillones de la sala del trono o su equivalente, cuando Miguel formuló la pregunta.

Y antes de que Stillman pudiera pronunciar una sola palabra, Sig-Primera contestó adelantándose a sus deseos.

—Bien. Fue completamente perfecto.

La miró con asombro pero la muchacha hizo como si no le viera.

Y siguió un pequeño silencio que el Poder rompió:

—Pasado mañana se reúne el Consejo de los Veintiuno y quiero que estés presente, John.

Una vez más, la muchacha interrumpió la contestación que Stillman iba a dar.

—Creo, Miguel —dijo—, que tendrás que aplazar esa reunión para quince días más tarde.

—¿Por qué?

Ella sonrió.

—Vamos a casarnos, Miguel. John y yo queremos contraer matrimonio esta misma noche.

El Poder se puso en pie y ambos le imitaron.

Les miraba alternativamente cuando preguntó dirigiéndose a Sig-Primera.

—¿Sabes lo que significa?

La sonrisa de la muchacha se amplió:

—Sí —repuso—. Sé que tengo que recobrar mi condición de mortal si quiero tener hijos. Pero será por poco tiempo, Miguel. Unos meses. Voy... voy a darle un niño y una niña, ¿comprendes? Todo estará controlado cuando salga del laboratorio después de la boda. Tú nos

puedes unir, Miguel —dio unos pasos hacia Stillman y le prendió de un brazo—. Le amo, ¿comprendes?

Y aquella vez fue la primera y única que Stillman le vio sonreír.

—De acuerdo —dijo—, y si queréis que os diga la verdad, siempre supuse que esto sucedería. Ahora, lo que me queda por decir es que me alegro —miró a Stillman y añadió—: Cuando esto ocurra, tú tendrás la inmortalidad y ocuparás mi lugar, junto, a Sig-Primera, y yo me retiraré lejos de aquí, a cualquiera de esos planetas, para descansar un par de siglos.

No hablaron mucho más.

La sencilla ceremonia se celebró allí mismo, con asistencia de algunos de los miembros del Consejo de los Veintiuno, y luego quedaron solos, frente a frente, mirándose a los ojos.

De los dos, fue Sig-Primera la que rompió el silencio.

—Voy a llevarte a mis habitaciones, John —dijo suavemente—. Espérame allí.

—¿Y tú?

Le sonrió, como nunca lo había hecho.

—He de ir al laboratorio. Cuando regrese a tu lado seré como las demás mujeres, ¿comprendes? Quiero... Es decir, no quiero perder mucho tiempo. Tu pelo está emblanqueciendo rápidamente y no me gusta.

Stillman entrecerró los ojos.

No se había dado cuenta, aquélla era la verdad.

Sólo que se notaba cansado, cada día más agotado, pero lo había achacado a la inusitada actividad a que Sig-Primera lo había sometido durante aquellos meses, y nada más.

¿Qué edad tendría ahora?

Hizo un rápido cálculo mental partiendo de la base, de lo que el Poder le había explicado.

¿Noventa o cien años?

Tembló, temblor que no fue perceptible a Sig-Primera.

¿Dos hijos? ¿Niño y niña?

Aquello suponía un par de años más, y él estaba envejeciendo rápidamente.

¿Los resistiría?

Aquélla era otra de las preguntas que no tenían respuesta para él.

Notó la presión de los dedos de la muchacha sobre su brazo y

forzando una sonrisa se volvió a mirarla.

—¿Nos vamos, John?

Asintió en silencio incapaz de hablar en aquel momento, diciéndose *in mente* que tal vez había cometido una locura al aceptar como bueno el amor de una mujer como Sig-Primera.

Y él, ¿la amaba acaso?

Pensando en Ruth, en el planeta Tierra, en el profesor, no supo qué contestarse y estuvo a punto de encogerse de hombros.

—Sí —respondió como un autómatas.

Y ella tampoco se dio cuenta del hecho.

Utilizaron uno de los ascensores ultrarrápidos que en pocos segundos les llevó al pie de la enorme cúpula central.

Sin hablar, pero siempre cogida de su brazo, la muchacha le llevó hacia una de las puertas que daban a aquella grande, lujosa y circular sala donde se encontraban.

La abrió y se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Tú primero, Sig —dijo él.

—Ahora no, John. Ya no puedo hacerlo, ¿comprendes? Tú... tú siempre irás delante. Es lo ordenado.

Stillman no respondió y cruzó el umbral.

A su espalda, Sig-Primera se detuvo bajo el marco.

—Voy al laboratorio, John —dijo suavemente—. No tardaré mucho.

No esperó respuesta, dio media vuelta y desapareció de su vista.

En uno de los sillones donde se había sentado, Stillman volvía a pensar.

Sus dedos, casi de un modo frenético, acariciaban la cajita de metal, como si en su fuero interno deseara desaparecer de allí mucho antes de que ella regresara a su lado.

Pero el hecho no se produjo.

Cerró los ojos y la mente a todo un pasado al cual jamás regresaría, y ahora sí se encogió de hombros.

Ruth, su padre, la Gran Ciudad, la Sede Central del Gobierno Terrícola, se habían convertido en fantasmas.

Cuando los abrió, Sig-Primera se encontraba frente a él, observándole en silencio, sonriéndole, y Stillman se puso en pie para recibirla al ver cómo se le acercaba lentamente.

Puso las manos sobre sus hombros y las suyas, grandes y fuertes, la tomaron por la delicada cintura.

—Sabes, John confesó en un susurro. Te amo mucho... te amé ya aquel día en que nos encontramos en el arroyo. Ahora... ahora soy tu esposa. Es... es un riesgo para mí esto que he hecho por ti. Me comprendes, ¿verdad?

Stillman no pudo responder porque, tomando la iniciativa, la besó en los labios impidiéndoselo.

* * *

Ensimismado en la contemplación de los mundos de su Galaxia, que brillaban frente a sus ojos, allá en el fondo de la negra pantalla, no advirtió su presencia hasta que habló:

—¿En qué piensas, Miguel?

Se volvió a mirarla y respondió con otra pregunta, al verla completamente sola:

—¿Y tu marido?

Sig-Primera sonrió.

—Todavía está descansando —hizo una pausa, muy ligera, y preguntó—: ¿Qué es lo que te preocupa, Miguel?

El Poder dio la espalda y de nuevo escudriñó la pantalla.

Sig-Primera se colocó a su lado, justo cuando recibía la respuesta:

—Ese planeta, Sig. Me estoy refiriendo como supondrás, a K-Ti.

—Nos atacaron.

La miró a los ojos.

—¿Quiénes? ¿Cuándo?

—Dos naves de guerra de K-Ti, Miguel, cuando regresábamos de Cronos. Tuvimos suerte ya que las destruimos.

Sin responder, Miguel se acercó a uno de los cuadros de mandos y Sig-Primera le vio tomar uno de los transmisores intersiderales, y que a su vez estaban conectados a los altavoces de la ciudad.

Sig-Primera le prendió de un brazo.

—¿Qué tratas de hacer, Miguel? preguntó.

Pero sabía la respuesta de mucho antes que él se la diera.

—Voy a terminar con ellos en contadas horas, Sig-Primera —dijo.

—Tú no puedes hacer eso. No ahora.

—¿Por qué no?

—La mayoría de los miembros del Consejo de los Veintiuno están aquí, Miguel, y bastante tienen ya con el aplazamiento de la reunión a

causa de mi boda. Además, es algo que debes discutir con ellos.

—El Poder soy yo.

—Lo sé pero ellos te ayudan a mantenerlo. Miguel, no te ciegues. No ahora. Espera ya que sólo es cuestión de unos días.

Un tanto aliviada, Sig-Primera vio cómo lentamente, luego de una ligera vacilación, colocaba el intercomunicador en su sitio y con gesto cansado iba a sentarse en uno de los sillones.

—Ojalá tengas razón como otras veces —dijo.

Por toda respuesta, la muchacha se le acercó, se inclinó sobre él y sus dedos largos y finos, bien cuidados, se enredaron con los rizos de su pelo.

—Debes descansar, Miguel —dijo—, y pronto. Estás materialmente agotado.

—Lo sé, pero no puedo, a no ser que tu John me reemplace hasta que tú tengas esos dos hijos, cosa que no debemos hacer hasta que se convierta en inmortal. Dejarle aquí, en mi sitio, es enviarle a la muerte, si no por una causa sí por otra.

Sig-Primera no contestó.

Meditaba.

Su hermano tenía razón.

Cualquiera podría tenderle una trampa sabiendo que el Poder no se encontraba a su lado y que era tan mortal como la inmensa mayoría de los habitantes de Khal.

—En ese caso, Miguel —preguntó—, ¿qué piensas hacer?

—Esperaré hasta que termine esa reunión.

Por segunda vez, Sig-Primera dio la llamada por respuesta.

* * *

Se introdujo por detrás de la inmensa cortina de agua y espuma, andando cuidadosamente sobre la resbaladiza roca y el sonido, el trueno de la gran cascada la aturdió por espacio de varios minutos en tanto buscaba la gruta.

La entrada inmensa, llena de liquen y musgo, verdosa.

Laura-Tres no vaciló y entró en ella, adentrándose más y más en los dominios de Gord.

Más de media hora estuvo andando, casi envuelta en la más completa oscuridad hasta que finalmente, allá al frente, por delante de ella, vio filtrarse la luz del sol.

Laura-Tres, sin abrigar ningún temor, continuó avanzando.

Cuatro minutos más tarde vio el lago.

Inmenso, azul, rodeado de vegetación y árboles cuyas altísimas copas parecían querer desafiar a la inmensidad de la Galaxia que tenían más arriba, mucho más arriba.

Miró a su alrededor a medida que se iba acercando a la orilla del agua.

Nada, silencio, ni siquiera le llegaba el más ligero rumor procedente de la cascada que había dejado a su espalda.

Finalmente se detuvo y se dejó caer sobre la hierba, con los pies muy cerca de la orilla.

No llamó, no pronunció nombre alguno, sabía que era inútil.

Gord ya habría notado su presencia, no podía ser de otro modo, y aparecería, como y cuando le viniera en gana.

Repentinamente le vio emerger del centro del lago, otear hacia la orilla con su gran cabeza de antimorfo, y luego cómo empezaba a nadar hacia la orilla.

No se movió.

Esperó a que llegara.

Luego, Gord deslizó su figura sobre la superficie del suelo, por entre los guijarros, la hierba y las piedras, hasta que su cuerpo grande, monstruoso, de babosa, se detuvo frente a Laura-Tres.

Sus ojos saltones, de besugo, se clavaron con insistencia en los de la muchacha que no parpadeó.

—Hace mucho tiempo que no vienes por mis dominios, Laura-Tres —dijo—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Tu ayuda.

Gord entrecerró sus ojos carentes de pestañas.

—¿Para qué?

—Quiero enviar un regalo al Poder.

—¿Una nueva conspiración tuya, Laura-Tres?

—Así es.

—Nada tengo contra el Poder, y le respeto.

—El te desprecia.

—¿Por qué?

—No eres un humanoide como nosotros, Gord.

—Lo sé. Pero eso no cambia las cosas. Por otra parte, el Poder nunca me lo dijo.

—No te lo diré. Te desprecia casi tanto como te teme. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Tú eres el rey de los anfibios. El que tiene la llave de las aguas de Khal.

—Sin el Poder jamás las hubiera tenido.

Laura-Tres le dedicó una burlona sonrisa.

—Dí más bien sin mí. ¿O no lo recuerdas? Cuando trataron de expulsarte de Khal, yo fui una de las personas que más trabajó para que no fuera así, y para que te destinaran aquí. De no ser por mí, toda la población hubiera estado en tu contra y tú lo sabes, Gord.

—Y vienes a cobrar el favor, ¿verdad?

—Sí, así es. Quiero que me ayudes a destruir al Poder. Luego, tú mismo puedes ocupar ese...

El cuerpo baboso de Gord se contorsionó en un ataque de hilaridad.

—Tú nunca compartirías eso conmigo, Laura-Tres —afirmó rotundamente.

—No, puede que no, pero continuarías aquí.

—Ahora también lo estoy.

—Lo sé. Pero, ¿hasta cuándo? Bastará una pequeña chispa en la Casa Grande para que... que...

—Calla, Laura-Tres.

Lo hizo, esperando, sin dejar de mirarle fijamente.

—Bien, ¿qué quieres?

—Sabía que comprenderías.

—¿Qué quieres?

—El Consejo de los Veintiuno se reúne pasado mañana en la sala del trono. Estarán todos. No corres ningún riesgo con enviar allí una bomba atómica para que estalle a la hora prevista. Nadie podrá acusarte de nada porque no habrá super...

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Con uno de tus anfibios, y dentro de una burbuja de agua. Tú puedes enviarle, Gord. Piénsalo.

Se hizo el silencio entre los dos.

Un silencio que se hizo largo y pesado y que a pesar de su impaciencia, Laura-Tres no quiso interrumpir.

—Está bien, lo haré. ¿Dónde tienes la bomba?

—No lejos de aquí, en mi bolido.

—Tráela. Pero escucha una cosa antes de que lo hagas, Laura-Tres.

—¿Sí?

Gord dejó transcurrir varios segundos de silencio antes de continuar diciendo:

—Si fallas el Poder terminará contigo, y no me tendrás a tu lado. Y si me envuelves, negaré mi participación en esto.

Laura-Tres no respondió, dio media vuelta y retrocedió hacia la entrada de la caverna.

Cuando una hora más tarde regresó al lago, Gord la continuaba esperando.

CAPÍTULO IX

Las salas de la Gran Casa estaban abarrotadas de público que iba y venía de un lado para otro en espera del anuncio de que el Consejo de los Veintiuno se encontraba reunido.

Se estaban retrasando y todos se preguntaban por qué.

En el interior del salón del trono todo había sido dispuesto para recibirles.

Los sillones en torno a la alargada mesa, los micrófonos, las pantallas en circuito cerrado, y las cámaras que enfocarían la reunión desde los distintos ángulos del salón.

Laura-Tres le vio entre aquel público y se le acercó.

Le tomó de un brazo y Stillman se volvió a mirarla.

—Estás envejeciendo, John —fue su primer saludo.

Y Stillman se sobresaltó, lo que la hizo sonreír.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto?

—Meses, Laura-Tres —repuso Stillman—. Meses.

—Te casaste, ¿verdad? Oí la noticia a través de los micrófonos de la Gran Casa. Dime, ¿cómo marchan las cosas?

—¿Entre Sig y yo?

—Sí, claro.

—Todo marcha bien, Laura-Tres. Gracias por preguntármelo.

Siguió un pequeño silencio en el transcurso del cual ella miró a su alrededor.

—¿Vas a asistir al Consejo de los Veintiuno, John?

La miró a los ojos.

Impasibles como en todo momento, lo mismo que su hermoso rostro de muñeca.

—Sí, claro.

—Bueno, nos estamos preguntando qué es lo que ocurre para que no estén ya en la sala del...

—Ha habido un ligero retraso, Laura-Tres. Mira, ahí les tienes.

Miguel, el Poder, en el centro, encabezando el grupo.

Se hizo el silencio.

Fue como si una pesada losa de plomo se hubiera aplastado contra ella, impidiendo de paso cualquier clase de sonido.

Lo rompió Laura-Tres en un susurro.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—¿Quién?

—Sig-Primera.

—No tardarás en verla.

Fue así.

Los miembros del Consejo de los Veintiuno estaban llegando al centro del salón donde se encontraban cuando la vieron aparecer procedente del interior de una de las habitaciones.

No miró a nadie.

Una túnica como la de su hermano la envolvía desde los hombros hasta los pies y tanto Stillman como los demás la vieron, un tanto fascinados, avanzar hasta colocarse a la izquierda del Poder.

Stillman habló ronco.

—Nos veremos luego, Laura-Tres —dijo—, deseo preguntarte cómo te ha ido en estos meses.

Ella no respondió, le dejó marchar sin pronunciar palabra, y se volvió hacia la salida.

Empezó a andar en aquella dirección.

A su espalda, Sig-Primera entraba en la sala del trono seguida por el Poder.

Justo en aquel momento y cuando ya Stillman llegaba al centro del salón, sobrevino la explosión.

La onda expansiva barrió materialmente el salón y el propio Stillman se vio proyectado contra una de las paredes donde quedó casi sin aliento mientras que por la puerta que daba acceso al salón del trono una nube de espeso humo, irritante, casi irrespirable, se proyectaba hacia adelante impidiendo respirar.

Stillman se puso en pie y corrió como un loco.

Tosiendo, envuelto en denso, humo entró en el salón.

La vio casi al instante.

En el suelo, de bruces, completamente inmóvil, y ya no pensó en nada más; se inclinó sobre la muchacha, la tomó entre sus brazos y volvió la espalda, para correr por segunda vez, pero ahora buscando rápidamente el laboratorio.

Detrás suyo, en el interior del salón del trono, todo era confusión, humo, hierros retorcidos, gritos y voces, y los hombres que componían el Consejo de los Veintiuno se buscaban entre sí, preguntándose *in mente* qué había pasado.

Cuando Stillman regresó tres cuartos de hora más tarde, todo había cambiado.

No había humo, tampoco se encontraba uno solo de los miembros del Consejo.

Sólo el Poder y seis lumínicos que zumbaban y zumbaban en torno a las cabezas de Laura-Tres, Klef y Sevigny.

Miró a su alrededor.

Todo había sido devastado, barrido por la pequeña bomba.

¿Una bomba?

Clavó los ojos en Laura-Tres que permanecía en pie, lo mismo que Sevigny y Klef, justo cuando le llegó la pregunta de Miguel.

—¿Cómo está? Vi cómo te la llevabas.

—Sólo sufre una conmoción, Miguel. Se recuperará dentro de poco. Ahora se encuentra en nuestro dormitorio. Una de las enfermeras está con ella. ¿Y aquí?

—Ya lo ves.

—¿Alguna víctima?

—No. Pero no será porque no se hizo lo posible para que desapareciéramos. De no ser por el retraso, la explosión nos hubiera barrido a todos.

—¿Qué fue?

—Una pequeña bomba atómica, John —desvió los ojos de los suyos y miró a Laura-Tres—: ¿Por qué? —le preguntó.

—Yo no lo hice. No tuve nada que ver en esto. Abandonaba la Gran Casa cuando tu guardia me detuvo, y eso no está bien.

Al parecer sin que mediara orden alguna para ello, uno de los lumínicos aleteó sobre su cabeza.

—Habla, Laura-Tres, o les daré la orden...

—No puedes. No estoy pensando en ellos.

Y en aquel momento uno de los seis entró en ella.

Laura-Tres sufrió una sacudida, su rostro se desencajó y con un grito ronco se llevó las manos a la cabeza.

Luego cayó como un sacó y se revolcó en el suelo mientras hasta sus oídos llegaban las palabras de Miguel.

—Contesta, Laura-Tres. Contesta. ¿Cómo lo conseguiste?

En su mente, el lumínico profería amenazas y las mismas preguntas.

Dejó de luchar.

Se encontraba pálida y desencajada, transpirando por todos los poros de su hermoso cuerpo mientras que a su lado, Klef y Sevigny no osaban moverse.

—¿Cómo fue, Laura-Tres?

—Un anfimorfo la trajo dentro de una burbuja de agua.

—¿Quién te ayudó?

Laura-Tres crispó los labios en una mueca.

En el interior de su mente notó la dolorosa punzada y se contrajo una vez más mientras oía la orden.

—Contéstale, Laura-Tres. Dile al Poder quién te ayudó.

Trató de ponerse en pie y ante su propio asombro vio que podía hacerlo sin dificultad alguna.

—Gord —dijo—. Le soborné.

—¡Mientes!

—Esa bestia inmunda me debía algunos favores.

—Sí, lo sé.

—Le pedí que me los devolviera todos en uno.

Hubo un silencio que se hizo pesado, y que rompió el Poder.

—¿Y esos dos? —preguntó.

Laura-Tres tardó unos segundos en contestar.

—Nada tienen que ver en esto. Si se encontraban aquí fue a causa de la reunión pero nada más.

Klef fue quien interrumpió.

—Laura-Tres está mintiendo. Ambos la ayudamos desde un principio. En la primera ocasión y en ésta. Esa es la verdad.

Un nuevo silencio que también rompió Miguel.

—Sabes cuál es la pena, ¿no es así, Laura-Tres?

—Sí, lo sé.

Se hizo la tercera pausa y, por tercera vez, el Poder la rompió.

—Ellos mismos te conducirán al lugar de tu ejecución, Laura-Tres —dijo—. A ti y a ellos.

—Iré sin protestar, pero saca eso de dentro de mí.

—No voy a hacerlo y lo sabes. Vamos, Laura-Tres, ya puedes quitarte de mi vista.

Empezó a obedecer pero no pudo terminar con el movimiento.

—Espera, Miguel.

Los cinco al unísono se volvieron hacia la derecha y la vieron.

Se encontraba tanto o más pálida que la propia Laura-Tres, y se había envuelto en una nueva túnica.

Empezó a avanzar hacia ellos fría, hermética, lejana, tan lejana como lo estaban las estrellas, con pasos firmes y los ojos completamente helados.

Pasó por el lado de Stillman, sin mirarle y se colocó, lo mismo que siempre, a la izquierda del Poder.

—Vas a irte en paz, Laura-Tres —dijo ante el estupor de su propio hermano—, pero tienes que jurarme que hoy mismo abandonarás la ciudad. No voy a matarte. Hoy no. Voy... voy a tener un hijo, y es varón, ¿comprendes? No quiero empañar mi felicidad con tu muerte ni con la de otro cualquiera, pero no vuelvas. Te perdono, sí, pero con esa condición. Si alguno de los miembros de la guardia te encuentra en la calle, a ti o a éstos, os ejecutarán.

Viéndola a su lado, magnífica, majestuosa, ni el propio Poder se atrevió a contradecirla.

Justo al terminar de hacerlo, el lumínico que había en el hueco de la mente de Laura-Tres escapó, se elevó hasta el techo y permaneció allí, lanzando destellos luminosos, cada vez más apagados.

Laura-Tres empezó a moverse en dirección a Sig-Primera.

Se detuvo muy cerca, mirándola fijamente.

—No volveré —declaró—. No lo haré nunca. Tú y los tuyos podéis dormir tranquilos, Sig-Primera. Yo ya no puedo sublevarme contra los mismos que por dos veces me dan la vida cuando yo traté de destruir las suyas.

No esperó respuesta, hizo una señal con la mano y escoltada por Klef y Seigny se encaminó hacia el hueco que dejaba la destrozada puerta que daba acceso a la sala del trono donde se encontraban en aquel momento.

De los tres, fue Stillman el que soltó la primera pregunta, y lo hizo con voz ronca:

—¿Cómo es posible que sepas eso si sólo hace unos...?

La risa de ella le interrumpió, y luego sus ojos, negros y grandes, en

los cuales brillaban dos puntitos burlones, se fijaron en los suyos.

—Tonto —susurró—; todo está controlado en la Gran Casa. Lo... lo pregunté en el laboratorio tan pronto como saliste. Será varón, John, y si quieres... si quieres se llamará Miguel.

Se le acercó y se le colgó del brazo.

—Llévame a nuestra habitación, John —siguió—. Estoy muy cansada, mucho.

Era verdad, o por lo menos aquélla fue la impresión que les dio a los dos hombres.

Tirando de ella, Stillman ladeó la cabeza para mirar a Miguel.

—¿Me necesitas?

—Ahora no.

—Volveré tan pronto pueda.

El Poder no respondió, pero le siguió con la mirada hasta que ambos entraron en uno de los ascensores.

Luego, a través de los intercomunicadores interiores de la Gran Casa, empezó a dar órdenes.

El salón del trono debía ser reconstruido inmediatamente para celebrar a continuación la reunión que se había visto aplazada a consecuencia del atentado.

Fue aquella misma noche, en tanto que Sig-Primera continuaba descansando en sus habitaciones, durante; la cena, sentados frente a frente, cuando Miguel preguntó:

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Contarte...? ¿El qué?

—El ataque de esas dos naves cuando regresabais de Cronos. Sé que debí preguntártelo mucho antes, pero entre unas cosas y otras...

—Bueno, lo cierto es que no hemos tenido ni un segundo libre para hablar a solas. No le di mayor importancia de la que puede tener.

Miguel frunció el ceño.

—El jamás se atrevió a tanto, John.

—Lo supongo. ¿Qué piensas hacer?

—Tratarlo dentro de tres días en el Consejo, y si puedo, ordenaré la destrucción de ese planeta. No me gusta, pero sé que debo hacerlo para evitar males mayores a Khal.

—¿Y...?

Sencillamente te estoy preguntando cuál es tu opinión. No olvides que dentro de un par de años tú me sustituirás.

Stillman le dedicó una sonrisa.

—Creo que es lo más conveniente, y deseo que me des el mando de una de las naves de guerra.

Miguel le miró fijamente y así se mantuvo durante unos segundos, hasta que finalmente contestó con una sola palabra.

—No.

—¿Por qué?

—Tu puesto está aquí, lo mismo que el mío y el de Sig-Primera. Es el Poder que gobierna Khal y por tanto no debe moverse de la Gran Casa. Lo comprendes, ¿verdad?

Stillman no respondió.

Meditaba una vez más.

Bajo las ropas que llevaba se encontraba el cinturón con la caja.

Algo que pertenecía a un pasado ya muerto, a una Dimensión que gravitaba en el presente o en el futuro de su tiempo.

Algo de lo que no tenía seguridad ya que ni él mismo sabía si es que llegó a ocurrir alguna vez.

Lo mismo que Ruth o el profesor, su padre.

En realidad, ¿habían existido?

Y el planeta Tierra, ¿no era también producto de su imaginación?

Sacudió la cabeza sin darse cuenta de la mirada atenta del Poder que no se apartaba ni un segundo de su rostro, y continuó pensando.

Recordaba su primer encuentro con Sig-Primera, en aquel prado, sus proposiciones y sus respuestas cuando pensó que nada de aquello le importaba; que él no pertenecía a aquel mundo, a aquella Galaxia que gravitaba en una Dimensión distinta.

La Dimensión 354-X como la denominaba el profesor.

Su encuentro con Laura-Tres, la rebelión y la derrota y las consecuencias que aquella derrota había tenido para él.

Su matrimonio con... Stillman no lo sabía, pero Sig-Primera era lo que en tiempos remotísimos de la Tierra fueron las primeras damas de una nación, tal vez aún con más importancia, ya que ella también gobernaba.

Antes el ataque de las dos naves de K-Ti, y ahora iba a darle un hijo.

Sig-Primera lo supo a los pocos días de su matrimonio, y que era varón.

Todo estaba controlado en aquel extraño mundo en que se encontraba.

Más tarde el nuevo atentado, la bomba dentro de una burbuja de agua llevada hasta la sala del trono por un anfibio.

El ligero retraso que les salvó la vida, y el nuevo perdón para la principal causante de todo aquello; para la ambición desmedida de una mujer.

Y por último su propia resignación que ahora ya no le parecía tan dura a causa de Sig-Primera.

¿La amaba?

Era una pregunta que aún no tenía respuesta para él; por lo menos, no en forma concreta.

—¿En qué piensas?

Se sobresaltó y apartando los ojos del plato que tenía delante le miró.

Los perennemente inexpresivos ojos de Miguel le aguantaron la mirada.

—En todo esto —respondió, diciendo parte de la verdad.

—Concreta un poco más.

Sonrió.

—Estaba reuniendo datos.

—Del pasado y del presente, ¿no?

—Sí, así es.

—¿No pensaste en el futuro?

—No, aún no.

Miguel guardó silencio por espacio de varios segundos y finalmente formuló una pregunta que tomó completamente desprevenido a Stillman:

—¿Por qué no destruyes de una vez ese cinturón que llevas puesto, John?

—No lo sé.

—¿No...?

—Así es. Estoy tratando de averiguar por mí mismo el motivo por el cual aún lo llevo puesto.

—¿Quieres que te lo diga yo, John?

—¿Y por qué no?

Tras dudar un poco, el Poder respondió:

—En tu fuero interno deseas regresar a tu Dimensión.

Stillman no dijo nada y los segundos de silencio se hicieron largos y pesados hasta que él mismo lo rompió:

—¿Esa opinión tuya, también la comparte Sig?

—Sí.

—En ese caso, Miguel, ¿quieres explicarme por qué se casó conmigo?

—Ella te ama, John. Lo ha sacrificado todo por ti y lo continuará sacrificando a pesar de todo.

No había respuesta a aquellas palabras y por tanto, Stillman no la dio.

Guardó silencio, y poco a poco su expresión se volvió cada vez más pensativa.

Sin dejar de observarle, el Poder tampoco dijo nada, por lo que a partir de aquel momento la cena transcurrió en el más completo silencio hasta que terminó.

Fue entonces cuando Stillman se decidió a cortarlo formulando una pregunta que cambiaba radicalmente el tema de la conversación.

—¿Qué hay de Gord? —preguntó.

—Dos guardianes de la Gran Casa han ido a buscarle, John.

—¿Vas a...?

—No. Será desterrado.

—¿De dónde vino?

—De una estrella fuera de esta Galaxia, John, cuando se convirtió en Nova. Al principio hubo muchas controversias para aceptarlo en nuestra comunidad, pero por fin se quedó. Laura-Tres fue una de las que más abogaron por él.

—¿Vino solo?

—Sí.

—Eso no lo comprendo.

—Es sencillo. Es un ser que se reproduce solo, John, ¿entiendes? Ahora en su reino de las aguas, los puede haber a miles.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada por el momento. Sólo me preocupa uno de ellos y es Gord. El resto, sin el primero, poco o nada pueden hacer en contra mía.

Stillman se puso en pie sin contestar, y poco más tarde los dos hombres se separaban.

Aquella noche, ante el estupor de Sig-Primera, que le observaba mientras se desvestía, Stillman se quitó el cinturón y lo lanzó a través del dormitorio sobre uno de los sillones.

Pero volvió a colocárselo al día siguiente tan pronto como se

levantó.

No obstante, según los pensamientos de Sig-Primera, el que se lo hubiera quitado la noche anterior, era una buena señal.

La mejor para ella.

CAPÍTULO X

Tres días más tarde en la sala del trono se celebró el Consejo de los Veintiuno.

Había que destruir K-Ti por todos los medios.

El Poder se reunió con Stillman y Sig-Primera para tratar del asunto, veinticuatro horas más tarde.

—¿Cuándo será?

Miguel dudó unos segundos antes de formular la respuesta.

—Dentro de un par de días, John. Estamos preparando las rampas de lanzamiento. Lanzaré sobre K-Ti tres mil naves de guerra, y será el fin, y una preocupación menos para Khal —le miró fijamente y preguntó—: ¿Quieres dirigir ese ataque?

Los ojos de Stillman se desviaron hacia la muchacha.

—¿Qué te parece a ti, Sig? —preguntó.

Ella le sonrió.

—Tenemos toda tu confianza. Tú, desde aquí, puedes hacerlo. Todas las naves te obedecerán como si se tratara de una sola.

Stillman pensó rápidamente.

—¿Y si fracaso? —inquirió.

—No existe ni la más remota posibilidad de que eso ocurra, John, y tú lo sabes.

No discutió más.

—De acuerdo —fue lo que dijo—; lo haré, Sig, ya que lo deseáis así —hizo una ligera pausa y prosiguió—: ¿Y Gord?

—¿Deseas conocerle? —el Poder se puso en pie—. Ven, hablarás con él.

Sig-Primera ya se encontraba a su lado cuando empezó a andar hacia la puerta.

Le vio en uno de los salones, con su monstruoso cuerpo extendido sobre un sofá, y sus ojos saltones e inexpresivos se clavaron en él, pero su pregunta fue dirigida a Miguel:

—¿Vas a ejecutarme?

—No.

—Entonces, ¿qué piensas hacer conmigo?

—Expuse tu caso ante el Consejo, Gord, y vas a ser expulsado de Khal.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Miró a Sig-Primera.

—Celebro verte, Sig-Primera —dijo con su voz de babosa—; y supongo que tú también estás de acuerdo en eso, ¿verdad?

—Sí, así es.

Guardó silencio durante unos segundos y finalmente contestó con otra pregunta:

—¿Hacia dónde?

—Hacia los límites de la Galaxia, en un viaje de un millón de años luz. Tardarás mucho en llegar, Gord. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Una estrella?

—Sí.

—Puede convertirse en Nova.

—Es un riesgo que tienes que afrontar

—Lo sé.

Se retorció como una culebra y acto seguido les miró alternativamente.

—Déjame solo, Miguel —dijo—, pero antes, quiero hacerte una pregunta.

—Díla.

—¿Qué fue de Laura-Tres?

—Abandonó la ciudad.

No respondió.

Sus ojos se cerraron y su enorme cuerpo pareció relajarse sobre el sofá que ocupaba.

Miguel hizo una seña y los tres se encaminaron hacia la puerta en tanto que sin saber cómo ni de dónde habían brotado, tal vez de la nada, tres lumínicos hacían su aparición en el interior de la estancia.

Siguiendo la dirección de su mirada, Miguel comentó:

—Mi hermana te enseñará cómo manejarlos, John. Es lo que único que te falta por saber en Khal.

Stillman no respondió.

En aquel momento estaba muy ocupado mirando la expresión de los ojos de Sig-Primera, obsesionantemente fijos en los suyos.

* * *

Víspera de la gran batalla y luego la paz y el olvido al lado de Sig-Primera, la inmortalidad junto con dos hijos que iba a darle.

¿Lo conseguiría?

Ni siquiera lo sabía, como tampoco por qué había ido allí, como no fuera para avivar viejos recuerdos.

Había registrado la casa palmo a palmo y ahora, un tanto cansado, se dejó caer sobre el lecho que ocupara desde el primer día en que fue transportado hasta aquella Dimensión.

Laura-Tres había abandonado la ciudad sin dejar rastro, obedeciendo la última orden que el Poder le diera.

Sin dejar una nota, sin tratar de verle.

Sig-Primera llevaba toda la razón cuando le dijo o le habló de su egoísmo. Para ella sólo existía una cosa antes que todas las demás: Laura-Tres.

Miró a su alrededor, y entonces la vio, junto al marco de la puerta, observándole atentamente, sonriéndole con sus ojos negros, más brillantes que nunca, y como impulsado por una ballesta, Stillman se sentó en el lecho.

—¿Puedo preguntarte cómo has llegado hasta aquí?

La sonrisa de Sig-Primera, mientras se le acercaba, se acentuó.

—Algunas veces, John, también me gusta comprobar personalmente las cosas que ocurren en Khal, sin necesidad de que nadie me las diga.

—¿Fue sólo por eso?

Sig-Primera se encontraba frente a él y en tanto formulaba la pregunta Stillman se puso en pie llevando las manos a su cintura.

—¿Qué quieres decir?

—Me preguntaba si me estabas vigilando.

—¡John! ¿Cómo has podido pensar una cosa así?

Llevó las manos a su cuello y se aplastó contra él buscándole los labios con los suyos por lo que por espacio de dos o tres minutos permanecieron estrechamente abrazados.

Al separarse, Sig-Primera insistió.

—¿Cómo, John? Dímelo, ¿quieres?

—Olvídalo.

Ella no insistió más.

Simplemente se limitó a preguntar:

—¿Nos vamos?

—Sí, cuando quieras.

Salieron fuera.

Frente a la puerta se encontraban dos bólidos, flotando en el aire, como si se encontraran suspendidos en el espacio o simplemente descansando sobre unas ruedas completamente invisibles para el ojo humano.

—Llévame tú, John. Una vez en la Gran Casa ya mandaré a uno de la guardia para que recoja el mío.

Subieron y el bólido empezó a adquirir velocidad.

—Estoy pensando en Gord.

Stillman la miró.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que le dijo a Miguel unos segundos antes de que fuera lanzado?

—No.

—Qué jamás llegaría a esa estrella. No es inmortal, ¿comprendes?

—¿Y...?

—Sus descendientes lo harán, John. Dijo que llenaría la estrella con ellos y que tal vez algún día regresarían a Khal.

—¿Qué contestó tu hermano?

—Que tú les estarías esperando.

Una vez más, Stillman se quedó sin saber lo que decir y calló.

A su lado, Sig-Primera también guardó silencio, pero fue durante muy poco tiempo, apenas treinta segundos, y entonces preguntó:

—Piensas en tu regreso, ¿verdad?

La miró.

—¿Mi regreso? —preguntó a su vez—. ¿Adónde?

—A tu Dimensión. Es así, ¿verdad, John?

—Nunca dije eso.

—Lo sé —repuso ella—, pero es así. Te obsesiona esa idea, y yo nada puedo hacer contra ese deseo.

Dudó por un breve espacio de tiempo antes de preguntar.

—¿Quieres que me quite ese cinturón, Sig?

—No.

Había firmeza en su voz cuando pronunció la palabra y Stillman la miró con asombro.

—¿Por qué? —preguntó.

Le sonrió.

—Soy feliz así, John, y si te pidiera eso, sabría que te ocasioné un dolor a ti y mi felicidad se enturbiaría. Tú también lo eres llevando eso puesto y no deseo, no quiero que te lo quites. Me comprendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

Sobre sus cabezas, el sol brillando sobre un firmamento completamente azul.

La calma en el aire era perfecta.

En la distancia, muy cerca ya, dominándolo todo, se veían las cúpulas y las torres de la Gran Casa elevándose hacia aquel cielo magnífica y transparente que a él le recordaba el de la Madre Tierra.

Más cerca, mucho más cerca, estaban llegando, sumidos en sus propios pensamientos, sin presumir ni remotamente lo que iba a ocurrir dentro de unos momentos; segundos tal vez.

Estaban llegando a la gran explanada, casi frente a la escalinata que daba acceso a la puerta principal de la Gran Casa cuando un rayo de luz, vivísima, enturbiando la del propio sol, pasó por entre dos de los altos edificios y se estrelló contra otro.

Hubo un relámpago, un estampido terrorífico y todo saltó por el aire entre denso humo, cascotes y ayes de dolor mientras que sobre sus cabezas los rayos cósmicos se entrecruzaban tomando por blanco los edificios de Khal.

Casi al instante, como si quisiera acallar el estruendo, el Apocalipsis que empezaba, se oyeron los altavoces y la voz calmosa y siempre fría del Poder, dando órdenes, a la población que se deshacía por segundos y a las rampas de lanzamiento en tanto que en el azul del cielo aparecían las primeras naves de guerra de K-Ti y las rampas de lanzamiento de Khal se llenaban de llamaradas y de rugidos de infierno cuando las primeras defensas se lanzaron al encuentro de los invasores.

Sig-Primera detuvo el bólide, las portezuelas se abrieron y tomando a Stillman de un brazo tiró de él.

—Corre, John. Son las naves de K-Ti. Vamos, ven conmigo.

Pegados a las paredes, y a su alrededor se iban desplomando los edificios convertidos en materia cósmica, tratando de ver entre el polvo

y las humaredas de los primeros incendios y sobre sus cabezas empezaban a desarrollarse las primeras luchas entre las naves interplanetarias, corrieron con ánimo de rodear el de la Gran Casa.

No llegaron.

Es decir, Stillman no llegó.

Repentinamente sintió un leve tirón en su cintura y empezó a elevarse más y más mientras que Sig-Primera se empequeñecía ante sus ojos y los restantes edificios iban desapareciendo en el vacío, en el precipicio que quedaba bajo sus pies.

Luego aquéllos se desprendieron del suelo y empezó a elevarse lentamente, ganando proporciones en estatura, y de un modo repentino, sin que aún supiera cómo y por qué de todo aquello, las primeras naves espaciales quedaron a la altura de su cintura, cuerpo ahora monstruoso leves picaduras de mosquito, salvaje en su rostro, movió las manos una y otra vez, destrozándolas a su paso, en tanto que los rayos cósmicos se estrellaban en contra suya produciendo en su cuerpo ahora monstruoso, leves picaduras de mosquito.

Luego, rápidamente, todo fue quedando por debajo de él.

Fríamente, con el pensamiento lúcido, Stillman procuró apartarse de aquel sol que le había alumbrado durante meses enteros, durante años, con objeto de que su cuerpo no produjera sombra alguna sobre Khal, si es que había quedado algo del planeta después de aquel ataque relámpago, y continuó subiendo.

Mirando a su alrededor, hacia los planetas que cada vez se empequeñecían más y más.

Recordando el emplazamiento de K-Ti según la pantalla de Miguel

Sí, aquél debía ser.

Se acercó mediante una contorsión y cuando le tuvo frente a él, al alcance de sus monstruosas manos lo sujetó, aplastando los valles, viendo ante sus ojos cómo se desplomaban las montañas, cómo las aguas de los ríos y de los mares se desbordaban arrasándolo todo.

Máquinas. Máquinas, mutantes, mutantes...

Con un alarido salvaje apretó con ambas manos sobre el Ecuador del planeta y éste se partió en mil pedazos, estallando entre sus dedos y vio correr por entre ellos el polvo, las piedras y los hierros retorcidos de los mutantes, que escaparon hacia el espacio infinito mientras que de su boca surgía una terrorífica carcajada que fue decreciendo poco a poco hasta que sólo fue un murmullo.

Con los ojos agrandados, casi con miedo, Ruth le vio surgir frente a ella, crecer por quintos de segundo hasta que recobró su estatura normal.

En su rostro había expresión parecida a la locura y no la miraba. Sólo al profesor.

Sus manos estaban cruzadas, agarrotados los dedos, los unos contra los otros, y no hablaba, sólo miraba.

Hasta que de un modo repentino dio el estallido.

—Otra broma como ésta y le mato, profesor, a pesar de Los Seis. ¿Qué pretendía? ¿Eliminarme?

—¿Yo...?

Avanzó unos pasos sin desenlazar los dedos, y se detuvo muy cerca de él.

—¿Cuánto tiempo me ha tenido fuera de aquí, profesor? ¿Qué trataba de hacer conmigo? Convertirme en un viejo decrepito, ¿verdad? Cien años o más. ¿Comprende lo que significa eso?

La carcajada burlona del profesor le interrumpió:

—¿Has oído eso, Ruth? John ha vuelto del viaje mucho más loco que se fue. ¡Cien años! —se echó a reír en tanto que Stillman daba un paso hacia él con los labios crispados en una mueca, lleno de furia—. Cien años. ¡Treinta segundos, John, ni uno más! Puedes comprobarlo tú mismo.

Stillman se petrificó, dando la callada por respuesta.

Hasta que dijo lentamente:

—Aun así, profesor, no voy a perdonárselo nunca.

Ruth no decía nada, callaba, pero se estaba acercando a la gran computadora electromagnética.

—De acuerdo, no me lo perdones —hizo una ligera pausa y empezó a explicarse—: Tuve un pequeño fallo y perdí el contacto contigo, pero como ves, lo subsané en un instante.

No respondió.

¿Para qué hacerlo?

Las siguientes palabras del profesor les sorprendieron un poco:

—¿Puedo saber qué te pasa en los dedos, John?

Stillman se miró las manos crispadas.

Las venas estaban hinchadas.

Los descrucó y se las miró.

Polvo, simple polvo y partículas de arena o piedras. Algo apenas perceptible a simple vista.

Elevó los ojos hacia el profesor pensando que aquello era lo único que quedaba de K-Ti, y no sabía cómo explicarlo.

Fue a empezar, a decir algo, cuando surgió la llamarada azul-naranja.

Lo mismo que un loco, así se volvió el profesor hacia la computadora.

Ruth se encontraba allí, a su lado, mientras que rápidamente, aquélla se iba destruyendo hasta quedar convertida en cables quemados y hierros retorcidos.

—¿Qué has hecho? Has destrozado mi labor de...

Avanzó hacia ella pero Ruth le detuvo con la expresión de sus ojos y el movimiento de sus manos.

—Te lo prometí, profesor —dijo—. Nunca más, nadie será trasladado a la Dimensión 354-X. Nadie.

—Comparecerás ante el...

—Ante nadie, profesor, porque tú tampoco diste noticias alguna sobre tu descubrimiento. Deseabas comprobarlo y luego... luego... Hazlo, e iremos juntos.

Se volvió a mirar a Stillman.

Se encontraba en pie, completamente ausente de todo aquello, y se le acercó.

—¿Qué te ocurre, John? —preguntó—. ¿Qué... en qué estás pensando?

La miró.

¿Qué podía decirle?

Nada.

No podía explicarle que en una Galaxia infinitesimal, también en un planeta infinitesimal de aquella Galaxia, había encontrado a una mujer llamada Sig-Primera, que se habían amado, que contrajo matrimonio con ella y que iba a darle un hijo varón.

Tampoco que...

Hizo un rápido cálculo mental.

Un hijo que si su madre no había muerto en el ataque, ahora, en aquel momento, tendría veinticinco o treinta años, y que sería tan inmortal como ella misma.

Que gobernaría Khal conjuntamente con Miguel, y que tal vez

esperaran su regreso durante siglos sin saber que aquello ya no ocurriría jamás porque otra mujer había destruido la única y poderosa fuerza que podría trasladarle a la Dimensión 354-X.

—Nada —fue lo que contestó—. Estaba pensando en todo esto.

Ruth le tomó de un brazo.

—Estás cansado, John —dijo tirando de él—. Ven conmigo. Te acompañaré hasta tu casa.

De pasada se miró a un espejo.

Su rubio pelo brillaba y había perdido todo aquel agotador cansancio.

Y mientras avanzaba con ella colgada del brazo por los largos corredores, Stillman sintió tentaciones de reír a carcajadas, burlándose de sí mismo, de ella, y de toda la Sede Central del Gobierno Terrícola.

¡Qué sabían ellos!

Treinta segundos...

Toda una vida.

¡Bah!

FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

*Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la*

"CIENCIA-FICCION"
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain